ARNALDO VISCONTI

El Galante Aventurero



EL VELERO "DESESPERACION"

1ª Edición - Octubre 1949

Impreso en
GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA



PRÓLOGO

Roma, la ciudad patricia y señera, se enorgullecía tanto de sus inmortales emperadores, como de aquellos de sus hijos que se distinguían por extravagancias fastuosas.

Por este motivo. durante muchos años se habló con admiración de Donato Guicciardini, el joven patricio acaudalado, que hizo construir dos hermosos veleros.

Uno de ellos, todo blanco, llevando en la proa figura femenina de suaves contornos y semblante en

éxtasis, personificaba la Esperanza, simbolizando el otro, negro y con dolorida estatua, la Desesperación.

En este último se refugiaba el joven excéntrico, cuando una infidelidad o el cansancio amoroso le sumían en desaliento.

Solía en los principios pasar muy cortas temporadas en el velero de ébano, pero ya cuando rondaba los treinta y cinco años, y sus permanencias en él se prolongaban, ahíto de todos los placeres, concibió el descabellado propósito de leer su porvenir en forma extraña.

Enroló para el velero tétrico una marinería de hombres prematuramente envejecidos por excesos de todas clases. Hombres acabados, que en nada ponían fe ni tenían la menor esperanza.

Equipó el blanco velero de juveniles y alegres mozos pescadores y aventureros. Quiso forzar el Azar, y cuando la más horrorosa tormenta se cernía sobre el horizonte, hizo, zarpar el velero negro.

Las tripulaciones habían adquirido el compromiso de navegar en

línea recta y regresar dos días después.

Esperó al amanecer, cuando ya la horrenda borrasca habíase apaciguado y el mar tranquilo era promesa de buen regreso, para mandar zarpar el blanco velero.

Aguardó ansioso el regreso de la nave que le evocaba los mejores días de su juventud, y sería como presagio de ilusionado porvenir.

Al amanecer del tercer día, la nave de ébano reapareció, desmantelada y más sombría que nunca.

Donato Guicciardini esperó en vano el regreso de su velero preferido. Concedió un valor de oráculo a lo sucedido. Para él no había ya en el mundo esperanzas ni ilusiones.

Dio en vestir enteramente de negro. No quiso ver a nadie, ni siquiera a su hermano Aldo, único familiar a quien quería.

Y un día el negro velero desapareció. Pasaron dos años, y nadie en Roma tuvo noticias de Donato Guicciardini y su tripulación de desesperados.

Monjes mendicantes y errabundos, mercaderes de Esmirna, soldados mercenarios, hablaron de un velero siniestro que enarbolaba negro pabellón, y en cuya proa, bajo el figurón de la mujer enlutada, lucían en plata, sobre el ébano, las letras de la palabra : “Desesperación”.

Dijeron que su capitán, al igual que todos los tripulantes, vestía enteramente de negro, y era cruelmente severo, asolando a capricho los pequeños poblados del mar Egeo.

Añadieron que por aquellos litorales el velero negro era ya el constante terror de los griegos.

Los romanos, que apreciaban a los Guicciardini, afirmaron que primeramente debían ser puestas en tela de juicio cuantas afirmaciones hiciesen los viajeros, generalmente fanfarrones y visionarios.

Y que, aun suponiendo que fuera real la existencia del velero negro “Desesperación”, podía muy bien haber sucedido que Donato Guicciardini, en un rapto de tristeza indominable, se diera muerte, y otro capitaneara el velero que, construido para albergar sus crisis momentáneas de melancolía, hubiera pasado a ser nave pirata.

Aldo Guicciardini, que a la sazón ocupaba un prominente cargo político, hizo circular la noticia de que Donato había muerto en brava lucha contra el turco.

* * *

Tetrapoulos, el pequeño puerto de la isla de Chvasmio, era lugar

muy frecuentado por naves que en sus almacenes se surtían de provisiones.

Varias eran las posadas, repletas siempre de exóticos hombres de mar. Cierta noche, en que el viento huracanado añilaba por los callejones cercanos al puerto y la lluvia densa se arremolinaba azotando puertas y ventanas, hacíase muy grata la estancia en la sala principal de la posada “Ancora”.

El calor del fuego de leños y la numerosa concurrencia ofrecían un contraste acogedor con la frialdad de la huracanada noche.

Cuando la puerta se abría para dejar paso a nuevos clientes, lo único que interesaba a los allí reunidos era que se cerrase lo más pronto posible, para ahuyentar las ráfagas heladas.

Dos hombres penetraron, trayendo consigo el soplo gélido del temporal. Calzaban botas marineras y birrete de lana, como la mayor parte de los contertulios del “Ancora”.

Y el color negro de sus vestimentas no llamó la atención. Uno de ellos exigió con tono autoritario el ser conducido con su compañero a una salita reservada.

Precedidos por el mesonero, el mismo que había hablado pidió la mejor de las cenas y los mejores vinos, y añadió que tan pronto llegase un caballero que mostrase al mesonero una moneda de oro ostentando en su anverso una doble aspa, fuera conducido a la salita donde era esperado.

Alejóse el mesonero, tras acomodar a sus dos clientes, que espléndidamente le hablan retribuido por anticipado con el triple valor de lo que habían pedido. Y no hizo cábalas acerca de ello, acostumbrado ya a las maneras peculiares de los marinos y sus modos especiales de citarse, empleando contraseñas más o menos originales.

—Podéis empezar a comer, Galo, si os apetece —dijo el más alto de los dos, cuando una moza hubo dejado en la mesa varias fuentes.

Era la primera frase que pronunciaba desde que el mesonero habíase marchado.

Galo Verzio, lugarteniente del “Desesperación”, obedeció. Comía con desgana y bebía maquinalmente.

Donato Guicciardini, magro el semblante, circundadas las negras y ardientes pupilas por ojeras lívidas que semejaban un surco trazado con bisturí, tenía también los mismos surcos profundos en las comisuras de la boca y en el entrecejo.

Sus delgados labios tenían permanente mueca de honda melancolía. Su sola presencia infundía la desagradable impresión de que nada en el mundo podía producirle el menor entusiasmo y que

todo le repugnaba.

Quitóse el birrete de lana, y sus cortos cabellos rizosos resaltaron como copos de nieve enmarcando su bronceada frente.

Con gesto cansino adelantó la diestra para asir un racimo de uvas, que fue desgranando lentamente, sin comer más que los gruesos y de tensa piel.

Arrojó al suelo el racimo a medias consumido, y durante unos instantes desmenuzó un ala de perdiz, para beber poco después un sorbo de espumoso vino griego.

Galo Verzio seguía comiendo y bebiendo como quien se ve obligado a cumplir algo ineludible...

Las viandas, las frutas y los vinos eran de lo mejor que podía exigir el más refinado paladar.

—Dada la proximidad de la hora en que debe entrevistarse conmigo el hombre que aquí me citó, será conveniente, Galo, que os ponga en antecedentes. La carta que recibí por conducto inexplicable estaba firmada por un tal Ferenc Mijail, y su firmante hacía alarde de una puntualidad única. Decía que a las diez de esta noche, a las diez en punto, en el "Áncora", mostraría al mesonero una moneda con una doble aspa, y que si no era conducido a sala donde yo estuviera, abandonaría todo intento de volver a verse conmigo. Vos sois milanés, Galo, y tal vez sepáis quién es Ferenc Mijail.

—He oído hablar de Ferenc Mijail, señor.

—Decidme lo que sepáis de este hombre.

—Un bandido audaz, de raza bohemia, dado a brujerías, que en Florencia, Verona, Milán y la misma Roma ha dejado pruebas de su infernal osadía, siendo misterioso el modo en que lograba evadirse de las más sañudas persecuciones.

—Este es Ferenc Mijail, y en su carta hay determinados conceptos que me impulsaron a acudir a conocerle. Dice, entre otras cosas, que, al igual que yo, aborrece la humanidad y no ha hallado más que desengaños, ya que el camino del placer conduce al dolor. Pero afirma que puede proponerme un medio de hallar cierta sensación ignorada que tal vez me devuelva el goce de vivir. Y al menos ha acertado en un punto, porque, por de pronto, ha suscitado en mí un sentimiento que ya creía yo muerto: la curiosidad. Sí, Galo, tengo verdadera curiosidad por saber qué brujería bohemia le devuelve al hombre como yo el goce de vivir.

Galo Verzio meneó la cabeza en silencio, como dando a entender que ni para el capitán ni para ningún hombre del velero "Desesperación" podía ya haber alegría de vivir.

* * *

El mesonero adelantóse con grandes zalemas y reverencias al encuentro del individuo que acababa de entrar en el "Áncora".

Era un apuesto joven, vestido con suprema elegancia. Le seguían dos hombres, con librea y trazas de lacayos.

El recién llegado echó una fría ojeada circular por la sala. Llevóse la diestra al cuello, del que pendía, de cadena plateada, un pequeño frasquito tallado en cristal.

Introdujo el minúsculo gollete en. uno de los orificios nasales, y aspiró, cerrando los ojos. El intenso olor a nardos llegó hasta el olfato del mesonero.

Por su porte y su desdeñoso arquear de cejas, daba el recién llegado la impresión de ser un personaje importante, acostumbrado a ser prontamente obedecido.

Sus castaños cabellos, cortados a lo paje, contrastaban con la negrura de sus ojos, sin calor, fríos, inquisitivos...

—Mandadme, Excelencia... —invitó el mesonero, tras unos instantes de espera.

Ferenc Mijail miró al que acababa de hablar, como si lo viera por vez primera.

Hizo un gesto, y uno de ¡os dos que le acompañaban hurgó hasta extraer una moneda de oro, que mostró al mesonero. Éste, con un gran saludo y un amplio ademán, rogó:

—Tenga a bien Su Excelencia seguirme a la sala donde los dos caballeros esperan.

Próximos ya a la puerta, Ferenc Mijail despidió con un chasquido de dedos al mesonero. Los dos bandidos revestidos de librea colocáronse a cada lado del umbral cerrado.

Uno de ellos, obedeciendo el gesto de Mijail, repiqueteó sobre la puerta.

Abrióse ésta, y Galo Verzio cedió paso. Entró Mijail, y, en el fondo de la salita, Donato Guicciardini contestó poniéndose en pie al saludo gentilmente cortesano que hacia el bohemio.

—Permaneced afuera, Galo. Cerrad la puerta.

El lugarteniente del "Desesperación" obedeció. Ferenc Mijail, más que sonriendo, plasmando en la boca un rictus cínico, sentóse en el escabel que designaba el romano.

Tendió Guicciardini un trozo de pergamino y una pluma que acababa de mojar en tinta.

—¿Tenéis a bien, señor, trazar vuestra firma?

Ferenc Mijail, siempre con el rictus torciendo sus labios, trazó los complicados arabescos que .aureolaban sus dos nombres.

—Gracias, señor. Simple medida de precaución. Antes de que me comuniquéis lo que tenéis que decirme, os felicito per vuestra puntualidad. Mi velero está al pairo, a tres millas de distancia. En vuestra carta parecíais bien informado sobre mi vida y hechos, pero sufristeis un leve error. No son ciento cincuenta mis tripulantes, sino doscientos doce, incluyendo a Galo Verzio, mi lugarteniente.

—Sesenta y tres son los que me obedecen, capitán Donato —replicó en perfecto italiano, con leve acento florentino. Ferenc Mijail—. Y los Trozzi cuentan tan sólo con trescientos cincuena soldados. Con ellos se apoderaron de la isla. Pero presumo que será preferible que os exponga la razón por la que estimé que sería muy conveniente llegar a un completo acuerdo.

—Por el instante, el único acuerdo posible es que aparentáis ser un caballero de buena cuna, con exquisitos modales. Lo fui yo también, hace años.

—Siempre he aspirado a ser un caballero, pero no lo consigo, capitán Donato.

—Aunque velero capitaneo, no soy capitán, Mijail. Os quedaré muy agradecido si abordáis el asunto que aquí nos reúne. A mí me impulsó la curiosidad. Veamos cuál es vuestro impulso.

—¿Conocéis la isla de Capri?

—No.

—Es bellísima, y sus mujeres son encantadoras.

—Odio las mujeres.

—Razón de más... para que prontamente lleguemos a un acuerdo, señor. Yo no las odio; me limito a despreciarlas.

—¿Quiénes son los Trozzi, a que antes aludisteis?

—Cuatro napolitanos que con sus propios bienes levantaron ejército y aprovecharon la difícil situación de la isla de Capri, que, sujeta a la desdicha de no ser protegida ni ambicionada por los Estados italianos, se halla virtualmente inerme. Sus habitantes vivían pacíficamente, hasta que Matteo Trozzi, el padre, mató al Gran Duque y usurpó su trono.

—Aclaremos un punto, Mijail. No ambiciono el poder.

—Muertos los cuatro Trozzi, que es lo que me he propuesto, reinará fugaz alegría. Un regocijo total... ¿Os dais cuenta, señor? Los hombres reirán, las mujeres cantarán... La isla, hermosísima, rebosará de alegría y dicha de vivir.

—Seguid exponiéndome vuestros planes.

—Os escribí, sabedor de quién erais, a raíz de recibir un mensaje de una mujer que en otros tiempos me digné distinguir. Se llamaba Lucrezia, y era bellísima. Es hoy la esposa de Matteo Trozzi.

Ayudada por un nigromante, me facilitará la entrada en el palacio de los Trozzi. Pero no me bastan mis hombres.

—¿Qué buscáis en Capri?

—Los cofres, y, cuando los tenga, consideraré enojoso permanecer por más tiempo en la isla. Podemos estipular en justas mitades lo que se obtenga.

—Para vos el oro y la plata. Pero cuantos collares de perlas y cuantas esmeraldas encierren los cofres, son míos.

—Pacto hecho.

—Libre derecho de disponer de las vidas de cuantos en Capri se hallen.

—Esto os he propuesto sin palabras, señor Guicciardini.

—Exterminados los Trozzi y sus mesnadas, tendréis tres días para abandonar la isla.

—Acepto.

—Convenid ahora el mejor día para que mi velero ataque.

—He pensado que, dada mi facilidad en permanecer a salvo en el propio palacio de los Trozzi, tal como me ofrece Lucrezia, al fenecer los Trozzi puedo presentaros al pueblo de Capri como liberador,

—¿Para qué? Defraudar ilusiones y desengañar es ya mi única ilusión, pero... Ah, comprendo. Estimáis que hallarían ayuda mis hombres y los vuestros en la lucha contra los usurpadores si propagáis el rumor de que nuestra finalidad es devolverles la paz y alegría.

—Y también quizá, señor, os convendría gustar el poderoso cordial de sentiros dueño de vidas y producir desengaños en lenta tortura.

—El ajeno dolor y el sufrimiento de los demás hace menor la abrasante llama de mi rencor. Convengamos ya día, señales, actuación y detalles de la invasión de Capri.

Extendió Ferenc Mijail un plano del puerto de Anacapri. Hablaron extensamente, y separadamente abandonaron la posada, envueltos en sus capas.

Y la población de Tetrapoulos ignoró que, por el espacio de unas horas, había albergado sin daño a dos malignos seres infrahumanos.

Cuando amaneció, las negras velas del “Desesperación”, estaban ya muy lejos.

Y en un bajel griego, cuyo capitán estaba degollado en su cámara y los diez tripulantes decapitados en la cala, los sesenta y tres componentes de la banda de Ferenc Mijail semejaban honestos marinos mercantes mien.ras tensaban las blancas velas.

En el alcázar de popa, Ferenc Mijail aspiraba su pomo de esencia de nardos. Junto a é! estaba el *hiscuryz*, el más viejo, el brujo de la tribu transílvania de la que procedían todos.

Trazaba síganos cabalísticos en el airé. Después miró con devoción y casi con mirada de perro fiel que adivina la exultación de su amo, al apuesto Mijail.

—El viaje nos es favorable, Ferenc. Me lo han dicho mis genios protectores.

—Lo será, y más favorable aun el final, porque Donato Guicciardini ha creído que sólo el afán de enriquecerme me guía. Doscientos doce piratas. Supongamos que perezcan un centenar en la ludia contra los Trozzi.

—Beberás en el cráneo de Donato Guicciardini, Ferenc, Los que sobrevivan a la lucha perecerán, porque invocaré el genio de la muerte, y el más sutil de mis venenos terminará con ellos.

—Son sobrios, desconfiados y sin cordialidad.

—Sin beber ni comer, mi veneno los vencerá.

—Así sea, y así será, *hiscuryz*.

Y el blanco bajel griego siguió surcando el Egeo. hacia la isla de Capri.

PRIMERA PARTE

LA ISLA DE LAS SIRENAS

Capítulo Primero

QUIEN EVITA LA TENTACIÓN.

—¡Vino para un valiente! —graznó, estentóreo, el pajarraco, mientras, ladeada la cabeza, veía a su dueño beber.

Bruyant Lartiguers depositó la botella sobre la mesa, y aprobó:

—Tu italiano va perfeccionándose, “Coclicó”.

El loro pareció entender el elogio, porque, ufano, se bamboleó sobre el hombro del bandolero gascón.

Erika Von Merck no simpatizaba con el predilecto amigo de su esposo. Pero había ya desistido de retorcerle el pescuezo a raíz de cierta suave y amable advertencia de Bruyant.

Los claros ojos color ceniza del gascón recorrieron la cámara hasta fijarse en la lucarna que dejaba ver, desde el anclado velero, la franja de tierra de la Isla de las Sirenas, tal como denominaban a la desierta islita desde que en ella se refugiaron las que, acaudilladas por Carlina Zarini, huyeron del yugo oprobioso de los Trozzi, los faunos.

Erika dijo, con amable entonación:

—¿Buscas algo, amor mío?

—Los grandes espacios abiertos, e! sol, la selva, el camino polvoriento... — replicó, zumbonamente, Bruyant.

—No quiero ser enojosa, pero te recordaré 3o que don Luys me ordenó cortésmente. Yo soy la responsable si alguno de vosotros..., en particular tú, bajáis a tierra.

—Decía mi abuelo que a los niños, cuando se sienten caprichosos, no hay que recordarles constantemente la fruta prohibida, porque terminan por empacharse. Tú bien sabes que sólo tú existes en e! mundo para mi, princesa, y que las demás mujeres carecen de atractivo. Además, olvida que fuiste “Sans Merci” y deja al capitán Volví la férrea misión de mantener tranquilos a bordo a los demás. Ye voy a pascar por cubierta. Tienes mi palabra de ladrón honrado de que, para evitar malas tentaciones, ni siquiera miraré hacia las rocas tras las cuales se ocultan las forzosas sirenas.

Quedóse ella en la cámara. Sabía ya entender a su esposo. No obstante, sentóse de forma que podía divisar la larga pasarela que unía la borda del velero “Dardo” con tierra.

Tendido en una hamaca, Delfín Lechuga trataba en vano de buscar una consonancia para el madrigalesco mensaje que destinaba

a Nela Messica.

No se molestó cuando, tras él, sin advertirle de su presencia, Bruyant empezó a leer, deletreando con dificultad, no por falta de claridad en la letra, sino por poca práctica:

> “A bordo del Bajel de la Tentación,
>
> ”A la sirena que Ulises no encontró en su camino, porque no habría seguido su ruta, prendido en encantos que el mismo Júpiter habría admirado…”

Dejó Bruyant de leer, para comentar:

—Esto no lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Si escribes a una de las damas, habíale de ti, pero no cites a desconocidos. Pero, en fin, los que sabéis de letra sois raros y complicados. Te dejo porque no quiero entorpecer la llegada de las Musas, que decía mi abuelo que eran las señeras que acudían para ayudar a los que llenan de negro los papeles. Y lo que yo digo, es que los poetas tenéis que ser unos tipos muy fríos, porque seguir escribiendo cuando vienen a visitaros señoras es casi un insulto.

Alejóse Bruyant. colocándose en la boca unas pepitas que tendió a su loro.

Al llegar a proa, saludó con desenfado al capitán Musso Volpi, cuyos redondos y saltones ojos miraban ya con afecto al truhán.

—Buenos días, honesto lobo de mar. Me encanta veros.

—Lo mismo os digo, Bruyant.

—Desde que se marchó don Luys, hay algo que me intriga, capitán, y me tiene amoscado.

—Desahogad el pecho, que siempre es conveniente.

—El gordito de Bembo desapareció. No iba con don Luys, aunque como escudero suyo a ello estaba obligado…

—Don Luys necesita estar solo, porque el rechoncho Bembo carece de agilidad.

—Ah, ah… Por lo tanto, si Bembo no está en Capri, ¿dónde está el muy bandido?

Y Bruyant, indignado, miraba hacia la islita tan cercana y a la vez tan lejana por vedada.

—No, no está allí, Bruyant.

—¿ Palabra?

—Os doy mi palabra de honor.

—Entonces, ya está mejor… Me parecía una injusticia que todos nosotros estemos a bordo, y haya algún aprovechado que estuviera “haciendo la rosca” a las doncellas, viudas y madres.

Arrugó la nariz Musso Volpi, como si sorbiera algo amargo.

—Vuestro léxico es deplorable, Bruyant.

—Yo no uso de eso que llamáis léxico. En cambio, lo que sí sé que es un suplicio, es estar a bordo, habiendo allí tanta damisela ansiosa de que se le digan ternezas al oído, muy cerquita...

—Tenéis a vuestra bellísima esposa...

—Si comierais pollo todos los días, os apetecería la col hervida. Y, en fin, a buen entendedor...

—Como amigo, os quisiera pedir un favor personal.

—Pedid, decía mi abuelo, que a veces conseguiréis.

—Dadme vuestra palabra varonil de que no intentaréis descender a la isla.



—Mandadme, excelencia—invitó el mesonero.

—Os doy mi palabra.

Pareció tranquilizado el siciliano, y respondió con idéntico ademán al que hizo Bruyant, moviendo los dedos de la diestra, para despedirse, dirigiéndose hacia popa.

Sentados sobre rollo de soga, encontró a tres de sus compinches. Los tres que estimaba más efectivos y audaces.

El apodado "Respingón" debía el mote a su larga nariz, que

dibujaba en el aire una grotesca curva hacia arriba.

“Frambuesa” respondía a tal apodo por unas manchas que le moteaban las mejillas y la frente, y que él aseguraba eran marcas de nacimiento, pretendiendo los demás que era el vino que se transparentaba para no ahogar al bebedor.

“Vinagre” tenía un carácter muy jovial, y reía por cualquier cosa. Pero la configuración de sus labios y de su nariz le. hacía semejar a un hombre que estuviera oliendo algo desagradable.

Bruyant guiñó al pasar, y se dirigió a la borda, donde, junto a él. se acodaron los otros tres.

Habló en voz baja:

—Esta noche, cuando el viejo capitán duerma, y esté de turno el bestia que le sirve de segundo, entonces… Pero no lo matéis. Dadle fuerte, para que no chille. Te encargas tú, “Vinagre”, de arriar la chalupa. Trabajad limpiamente, cuando yo salga de la cámara y venga a apoyarme en este mismo sitio.

Suspiró el bandolero gascón:

—Lo que más siento, es que tendré que abandonar por unos días a “Coclicó”. Pero hay que evitar la tentación…

Los cuatro miraron hacia la franja de tierra, tras de cuyas rocas se albergaban las fugitivas de Capri.

—Decía mi abuelo que, en amor, el que vence es el que huye. Nos largaremos, pues, y no pondremos en compromiso ni a Volpi ni a mi princesa. Dijo el trovador que no fuésemos a charlar con las sirenas. No lo haremos.

Y, anochecido, sigilosamente, Bruyant y sus tres compinches abandonaron el “Dardo”, aprovechando el momento en que la tripulación y los restantes gascones estaban recibiendo en sus gamellas la ración de cena.

Sólo hallaron en cubierta al segundo, que estaba ya en el país de los sueños, amordazado y con un chichón más que regular en el cráneo.

Cuando ya la silueta del velero no era más que un punto blanco, oculto en la estrecha cala, Bruyant, sentado en la popa, preguntó, con cierta inquietud:

—¿Estás cierto, “Frambuesa”, que nos llevas a Capri?

—He estudiado a fondo el asunto, patrón, y he aprovechado concienzudamente las lecciones del capitán Volpi. No engañe como a un pardillo, haciéndole creer que quería instruirme.

—Enciende la linterna, “Vinagre”.

Colocó el aludido la linterna colgando junto a Bruyant, y éste fue sacando recios papeles de una bolsa.

Leyó el primero:

> "Carta credencial por la que nosotros, los abajo firmantes, establecidos en Marsella, acreditamos al portador, Jean Malouin, para que en nuestro nombre merque y pague..."

Rompió Bruyant el papel, arrojando los pedazos al agua.

—No sirve. Aunque tenga yo rostro de mercader, porque mi abuelo aseguraba que mi perfil era el de un granuja, prefiero algo más rimbombante y honroso.

Destrozó varios documentos más, pertenecientes a desvalijados por los caminos de Gascuña.

Al final, dio golpes con el dorso de la mano a uno de los documentos, comentando:

—¡Magnífico! Aquí dice que yo soy el barón Gontran d'Eperlan, relator privado del Rey de nuestra Francia.

Los otros tres prorrumpieron en grandes carcajadas.

—¿Acaso no tengo yo pinta de barón?

—Sí, señor barón. Beso vuestros pies, señor barón...

—Vigila que mi pie no bese tus sentaderas, gracioso.

—¿Y don Luys, patrón, qué papeles eligió para meterse en la guarida de los lobitos?

—Los mejores que yo tenía. Se los escogí. Eran las cartas de un tal Luciano Risco, aquel veronés hijo de un rico naviero, que es tipo de esos que hacen construir barcos...

—¡Ah, sí! Aquel mozo que se arrodilló sollozando cuando nos vio. ¡Un asco de tipejo!

—Se llevó su castigo, porque tuvo que llegarse hasta el pueblo más próximo vestido de mujer y con la cabeza rapada.

A las dos de la madrugada "Frambuesa" anunció, triunfalmente:

—¡Ahí está Capri, patrón!

—Ya vi tierra, "Frambuesa". Lo único que falta por saber es si es la isla de Capri o el Imperio del Gran Visir.

Pero poco a poco, al ir aproximándose la chalupa, reconoció Bruyant Lartiguers la ciudad y puerto de Anacapri, con la colina en cuya cima erguíase el palacio de los Trozzi.

Capítulo II

LA REBELIÓN

El marino entró presuroso, después que Musso Volpi, levantándose de su camastro, abriera la puerta.

—¡Huyeron, señor!

—¿Quiénes ?

—El capitán gascón y tres de los suyos, señor.

—¿A la isla? —inquirió, colérico, Volpi.

—No, señor. Fue a la isla la señora, y no estaban allí. Falta una chalupa.

—¡Maldito Giuseppe! —imprecó Volpi, pensando en su segundo.

—Giuseppe estaba amordazado y sin sentido, señor.

—¡Granujas! —mascculló Volpi, pensando ahora en los cuatro gascones.

Y se aquietó. Sabía ya por qué “Frambuesa” se interesaba tanto por saber cómo se orientan los marinos por la noche.

Y casi le agradó la idea de no tener a bordo a Bruyant, que suponía un peligro, y sería una ayuda para el trovador en Capri.

También Erika, teniendo la seguridad de que su marido había ido a servir de guardaespaldas al trovador, lo prefería, a tenerle expuesto a la tentación.

Al amanecer descendió a tierra, acompañando a los dos marinos, que portaban sendas banastas con alimentos para las que en la pequeña isla aguardaban esperanzadas el final de la tiranía de los Trozzi.

Tras las rocas, Carlina Zanni, Nela Messica y Fiorenza Gherlina eran las únicas que ya estaban en pie. Las demás, dormían aún.

Carlina Zanni añoraba al hombre que a unas dio esperanza y a otras salvó de inminente oprobio.

Pero eran jóvenes, les pesaba el aislamiento y poseían un alegre carácter propenso a coqueterías.

Fue Nela Messica la que, tal vez por su condición de viuda, había decidido expresar los sentimientos de las demás.

Con amable sonrisa, se acercó a Erika Von Merck.

—Si no tenéis prisa, señora, quisiera hablaros en nombre de todas las que aquí nos reunimos.

—No tengo ninguna prisa.

—¿Acaso hay epidemia de peste a bordo?

—No.

Y replicó la tudesca con asombro, porque carecía del sentido de la ironía, en que era maestra Nela Messica:

—Entonces, ¿somos nosotras las pestíferas?

Ahora comprendió Erika. Replicó, con sequedad:

—Es orden del capitán Volpi.

—Nosotras no somos marineros ni prisioneras. ¿O acaso somos prisioneras?

—De ningún modo. Pero, en evitación de complicaciones, estima el capitán Volpi que es más conveniente que la tripulación no baje a tierra, porque… son gente brusca.

—Es ofensivo para nosotras el suponer que constituimos un peligro para honestos hombres de mar. Desearíamos hablar con el capitán Volpi.

Erika se encogió de hombros. Sabía que el sentido de la disciplina no existía en sus semejantes físicamente.

Musso Volpi abrió hasta el máximo sus saltones ojos cuando vio ascender a Erika por la pasarela, seguida de las tres bellísimas “sirenas”.

La tudesca limitóse a decir, antes de abandonar el puente:

—Quieren hablaros, capitán. Vos decidiréis.

Nela Messica, cuya opulenta figura de líneas estatuarias hacia visibles estragos entre la tripulación, saludó gentilmente al siciliano.

—Deseamos que nos aclaréis un punto, señor capitán. ¿Somos vuestras prisioneras?

—¡Ni mucho menos, señora! Ya sabéis que… mi patrón, el caballero Gallardo, expone su vida para obtener…

—¿Somos tripulantes de vuestro barco?

—No quiero parecer descortés, pero quiero hacer constar que no es de mi agrado veros a burdo.

—Y yo os hago constar que es infamante el trato que recibimos, señor capitán.

Musso Volpi llevóse las manos a la cabeza, en gesto que significaba su profundo desconcierto.

—¿En qué os ofendemos?

—No habría la menor licencia en que, con mesura y honestidad, durante el día, alternáramos con los caballeros que mandáis…

—¿Caballeros? —rezongó, irritado, Musso Volpi— No sé si sois ingenua u os burláis de mí, señora pero os puedo asegurar que en todo este velero él único caballero que hay está ausente, y es don Luys Gallardo.

—Vos me parecéis honesto y también ingenuo, señor capitán. Siempre son las mujeres las responsables de que los hombres se

comporten como caballeros o no. Lo que nosotras pedimos es, simplemente, un trato humano...

Nela Messica miró a Delfín Lechuga, que acababa de presentarse. La apasionada expresión del castellano complació a la que siguió diciendo:

—No nos guía intención censurable, señor capitán. Somos jóvenes y nos pesa la soledad. Este caballero—y saludó al castellano —tal vez nos dé la razón.

—La tenéis toda, muy señora mía—dijo, rendidamente, Delfín Lechuga.

—¡Don Luys me ordenó que nadie bajase a tierra!...

—Nosotras subimos a bordo, y queda a salvo vuestra responsabilidad—sonrió Nela Messica.

—Mientras yo esté con vida y despierto... —empezó a decir Musso Volpi, para terminar añadiendo, colérico—: Esta discusión es absurda, y lograríais hacerme perder el tino. Os suplico, señoras, que tengáis la paciencia de esperar el regreso de mi patrón.

—Pero ¿qué mal hay en que charlemos amistosamente con estos caballeros? ¿No os parece, señor? —inquirió tercamente Nela Messica, mirando, chispeantes los ojos, al arrogante “Siete Vidas”.

—¡Por favor, por favor! —suplicó Musso Volpi.

—Haced caso al señor capitán —intervino, inesperadamente, Delfín Lechuga—. Concededme el honor de acompañaros hasta el límite permitido de la pasarela. El capitán tiene razón. Cumple con su deber.

—Gracias, don Delfín—suspiró, aliviado, Musso Volpi, al ver que las tres volvíanse para abandonar el puente.

En voz baja, ya cerca de la pasarela, dijo el castellano :

—Arreglaré la comprometida postura del capitán, señoras. Y la inocencia de nuestros propósitos no podrá encolerizar a nuestro galante amigo cuando se entere. Confiad en mí, señora..., que ardo en deseos de conversar sin malicia ni grosería con vos.

Descendieron ellas por la pasarela, y poco después Musso Volpi agradecía la intervención del castellano.

—Si no llega a ser por vos, señor, hubiese yo naufragado. Es imposible imponer disciplina a Eva. Prefiero mandar en turbulentos piratas, que hacer entrar en razón a una mujer.

Fue al mediodía, cuando Delfín Lechuga eligió por confidente a uno de los gascones. Le explicó lo sucedido, para añadir:

—Y puede convertirse en peligrosa la espera, a no ponemos remedio. Yo asumo toda la responsabilidad. Dijo el capitán que mientras lo fuera no permitiría que subieran ellas a bordo. Le quito

el mando, y demostraré a nuestro jefe que era lo mejor que podía hacerse.

—Si vos os hacéis responsable, nosotros os obedeceremos muy complacidos, señor..

—Entonces, amarradme en las calas a los tripulantes, que incurrirían en delito de motín si, preso el capitán, anduvieran libres a bordo. Yo me encargaré, al toque de relevo, de encerrar al capitán Volpi en la cámara grande, con la señora de Bruyant, para salvaguardar la disciplina.

Rió, divertido, el gascón. Y apenas la campana tocó anunciando el relevo, en las calas quedaban prisioneros los marineros de Volpi, y en cubierta los de. maniobra reaccionaron tardíamente, cuando, al descender de las cofas, se vieron asaltados contundentemente por los gascones.

Minutos antes, y sin el menor recelo, Musso Volpi había penetrado en la gran cámara donde estaba Erika Von Merck. Y, ahogándose de impotencia, injurió y prometió los peores males a Delfín Lechuga, cuando oyó ruido de cerrojos y cadenas, asegurando la puerta por fuera, y la voz del castellano, que anunciaba, jovialmente:

—Yo soy ahora el capitán.

Media hora más tarde, a bordo las que aburríanse en tierra, Delfín Lechuga, que había repetido incesantemente a los gascones que no dieran mala interpretación al natural deseo de compañía de las forzosas sirenas, sintióse recompensado de su reebeldía, en cuyas consecuencias no quería pensar, viéndose acariciado por los aterciopelados ojos de Nela Messica.

Iba cayendo el crepúsculo, cuando, dejando a un gascón en cubierta, como vigía, Delfín Lechuga invitó a cuantas parejas paseaban o estaban acomodadas en los puentes a que se reunieran en un sollado, donde tendría lugar un banquete, en el que imperaría la mayor fraternidad y buen humor.

Y astutamente, los gascones fueron trayendo barrilitos de malvasía, el vino dulzón y traidor, asegurando que era agua con unas gotas de mosto.

El banquete empezó alegremente, mientras en la cámara Musso Volpi, ante la indiferente Erika, iba agotando todo el repertorio de fatales presagios para los que habían sucumbido al poderoso incentivo de las sirenas.

Capítulo III

FÚNEBRE FESTÍN

Acodado en el alcázar del “Desesperación”, Donato Guicciardini señaló a Galo Verzio, con la mirada, la torreta de cofa, desde la que el vigía acababa de exclamar:

—¡Velero a dos puntos proa!

En todo el horizonte, enrojecido por el ocaso, no se divisaba vela alguna.

Galo Verzio subió hasta el remate del trinquete, y entró en la torreta, cogiendo de manos del vigía el anteojo.

Cuando el velero ascendía impulsado por las anchas olas, era visible anclado en estrecha rada un barco de alba estructura.

Al descender la proa, cabeceando, desaparecía la visibilidad. Galo Verzio ordenó:

—¡Vira a estribor!

Y descendió cuando no quedaba ya visible el velero anclado. Colocóse junto a Donato Guicciardini.

—Me he permitido, señor, ordenar maniobra, porque podíamos ser vistos de un velero anclado entre acantilados de la isla.

Percibió Guicciardini algo extraño en el tono de su lugarteniente. Como si temiera anunciar un hecho increíble.

—¿Qué pabellón ostenta, Galo?

—Ninguno, señor.

—¿Qué particularidad ofrece?

—Es… enteramente blanco.

Donato Guicciardini crispó las mandíbulas.

—Ordenad arriar chalupa. Seis remeros. Vos vendréis conmigo.

Obscurecía el día, y anochecía del todo, cuando la chalupa quedó varada en la arena, a una distancia de una legua de la rada percibida por el vigía y por Galo Verzio.

Dos remeros quedaron al cuidado de la chalupa, mientras, como sombras enlutadas, Donato Guicciardini, su segundo y los otros cuatro tripulantes del “Desesperación”, avanzaban por tierra.

Asomó cautelosamente Donato Guicciardini, al llegar a lo alto del acantilado que flanqueaba por el Sur la estrecha rada.

Sus delgados labios temblaron, hasta que, al débil resplandor de las linternas de proa y popa del "Dardo”, adquirió la seguridad de que no era aquel velero e] suyo que jamás regresó a puerto.

—Anclad donde desembarcamos, Galo. Dejad a bordo los

artilleros. El resto que rodee la cala, y, a ser posible, tomad por sorpresa esta nave.

Quedó solo Donato Guicciardini. Esfumada su supersticiosa esperanza de haber hallado por fin su velero de ilusión, había decidido que cuantos a bordo hubiera del blanco bajel pagarían con sus vidas la débil luz de redención que había alentado por unos instantes en su cerebro.

La irrupción de los enlutados tripulantes del "Desesperación" fue tan silenciosa como simultánea.

El gascón centinela no se dio cuenta de nada, porque estaba muy engolosinado charlando con ü que acababa de traerle su parte del festín.

Ambos cayeron desnucados por certeros golpes de mazo. Igual suerte corrieron, aunque defendiéronse con bravura, Musso Volpi y Erika Von Merck.

En el sollado donde tenía lugar el alegre banquete, penetraron numerosos y raudos los piratas del "Desesperación".

Fue una lucha corta y violenta. Sucumbieron por fin Delfín Lechuga y los gascones, ante la superioridad de los que en oleadas invadían el sollado.

Y cuando Donato Guicciardini, advertido del final de la lucha por las antorchas encendidas a babor y estribor, llegó a bordo del "Dardo", el espectáculo que se le ofreció le satisfizo.

Los negros ropajes de los piratas dábanles aspecto de sepultureros cuando iban arrojando al mar los cadáveres de cuantas a bordo mataron.

Hizo una señal Donato Guicciardini. Su descarnado dedo indicó la altura de los aparejos.

Poco después colgaban, ahorcados, Delfín Lechuga, los diecisiete gascones, el capitán Volpi y Erika Von Merck, que espada en mano, antes de morir, había atravesado de certeras estocadas a tres piratas.

"Cocolicó", el loro, en vuelo penoso por lo agitado, abandonó la nave al principio del abordaje.

Y alisando su plumaje, permanecía sobre una roca, graznando sordamente.

Ocupábanse ahora los piratas en tensar cadenas a proa del "Dardo", que poco después, abandonando la rada, fue a colocarse a estribor del "Desesperación".

—Degollad los presos de la cala, Galo—ordenó Guicciardini.

Mientras unos piratas iban lanzando al mar a los degollados, otros largaban las cadenas para que, desde popa del

“Desesperación”, se efectuaran las maniobras que permitirían llevar a remolque el velero capturado.

En lo alto de las vergas bamboleábanse siniestramente, como péndulos, los veinte ahorcados.

Donato Guicciardini sentóse en la mesa que en cubierta acababa de disponer un marino, mientras varios cocineros iban colocando manjares y bebidas sobre el negro mantel.

—Sentaos, Galo. Comeremos antes de zarpar hacia Capri. ¡Contramaestre! Triple ración para todos.

Galo Verzio demostró que el ejercicio le había abierto el apetito. Donato Guicciardini miraba de vez en cuando las plantas oscilantes de los ahorcados.

Bebía reposadamente. Por fin atacó con fruición un gran pastel de carne.

Al terminar la comida, levemente enrojecidos los pómulos, Donato Guicciardini comentó:

—Al parecer reinaba la alegría a bordo, Galo.

—Estarían festejando alguna solemnidad, señor. Corría abundantemente la malvasía, y reían despreocupadamente.

—Extraño velero este, Galo.

—No tenía carga alguna de valor, aparte uno de los cofres que contenía oro, que el tesorero y sus testigos está contando, señor.

—Me refiero a que es genovés por estructura, italianas eran las mujeres y extranjeros ellos en su mitad. ¿Qué harían en la desierta isla? Dadme vuestra opinión, Galo.

—El ahorcado... que cuelga en sexto1 lugar,- de la mesana, señor..., podría ser el dueño de la nave y haber elegido o raptado bellas mujeres.

Secóse Guicciardini los labios después de beber otra copa.

—Para ser gente de mar, muy imprudentes fueron dejando un solo vigía, y aun éste en cubierta conversando con mujer.

—La influencia del vino, señor...

—Más seguro la perniciosa embriaguez de Eva, Galo. Ordenad zarpar para recoger soplo que nos ponga a la vista de Capri, tan sólo al amanecer. Así pacté con Perene Mijail.

Abandonó Guicciardini la cubierta del “Dardo”, dejando en ella a varios de sus piratas, para evitar el choque de la proa; del amorcillo con la popa de negro ébano.

A remolque con la espeluznante visión de los veinte ahocados, el “Dardo” siguió la estela del “Desesperación”, que enfilaba la proa hacia Capri.

SEGUNDA PARTE

LA NOVIA DE LA MUERTE

Capítulo primero

TERROR EN PALACIO

La cohorte de bufones de la casa de los Trozzi solía tener su privada reunión en una sala contigua a las dependencias de la servidumbre y cocina.

Entre ellas había rencillas, envidias y discordias. No todos eran deformes, y varios eran los que manejaban las armas con más destreza que los *bravis*.

Faltaba aún una hora para el amanecer, y, no obstante, congregábanse todos ellos, menos uno, en su sala particular.

Desgreñados, legañosos y bostezando, demostraban haberse levantado y vestido apresuradamente.

Llevaba la voz cantante Martinelo, el favorito de Falco Trozzi, el mayor de los hijos. Y le replicaba, casi con respeto, Gianpano, el obeso y mal intencionado bufón merecedor de la preferencia de Trentino, el menor de los Trozzi.

—Señores—anunciaba pomposamente Marínelo, enclenque, pero hábil espadachín alevoso—. Existe en la nación francesa una tradicional ceremonia. Cuando muere el rey, la corte exclama: "¡El rey ha muerto, viva el rey!".

Los demás aprobaron con lenta cabezada, aunque la mayor parte no entendían el significado.

Imagen viva del triunfo, Martinelo anunció:

—Muerto Matteo Trozzi, hereda el poder mi señor, vuestro amo, el nuevo gran duque Falco.

Todos sabían ya que acababa de morir en extrañísimas circunstancias Matteo Trozzi. Pero pacientemente aguardaban el final del exordio del bufón, que ahora pasaba a acaparar la influencia que hasta entonces había tenido el avieso Jacoppino, bufón y secretario dé Matteo Trozzi, odiado por sus colegas.

—Una casa real necesita herederos, y los Trozzi van bien servidos, puesto que aun disponemos de tres grandes duques. "¡El rey ha muerto, viva el rey!"

—¡Viva! —exclamaron todos.

—Clamad bien alto: "¡Abajo Jacoppino, loor y respeto a Martinelo!" —desgañitóse Martinelo.

Repitieron los demás su vítor. Gianpano inquirió:

—Fuerte era Matteo, y anoche, en el festín, comió como lo que era: como un verdadero marrano saludable. Y ahora, nos has ido

despertando, ¡oh, gran Martinelo adorado!, para decimos que tu señor nuestro amo, Falco, era el nuevo gran duque. Tu grata voz nos deleita, y profesión tenemos de curiosos. Tu preclaro talento nos ilustrará de lo sucedido. ¿Veneno, acero, conspiración, invasión?

—Gracias al férreo dominio, no hay quien conspire. Nadie nos invade, porque fuertes son los Trozzi, y escasa importancia tiene la saqueada isla. El veneno del miedo y la garra do acero de un monstruo han terminado con Matteo.

—¿Miedo? ¿Miedo, Matteo? ¿Un monstruo? Estamos entre amigos, Martinelo. No emplees metáforas que sólo reservamos para los míseros infelices a quienes halagamos, haciéndoles creer que son listos. Nosotros somos seres superiores...

—Algunos matarifes de mi señor Falco, vieron al murciélago.

—¿ Murciélago ?

—Tal como os digo. Un pájaro negro enorme, que volaba por las habitaciones pertenecientes a Matteo. Dicen que infundía un pavor razonable, que impedía razonar. Fue hallado Matteo arañado a muerte, rotos los miembros y desangrándose por el rostro. Un horrible rostro tumefacto que sólo expresaba miedo, infernal terror... Y el propio Jacoppino, que ahora está llorando abrazado al cadáver de su difunto protector, corrió como un lebrel cuando apareció el murciélago... Murió Matteo de puro pánico...

—¡Mientes, Martinelo, hijo de perra!

Todos los semblantes, sardónicos unos, malignos los otros, aparentemente estúpidos los más, volviéronse hacia la puerta, por donde el larguirucho y desgarbado Jacoppino acababa de aparecer lanzando a la vez su exclamación ofensiva.

Martinelo fingió atusarse las guías de un mostacho inexistente, y con voz engolada declamó:

—¿Osáis, marqués, insultar a un perro?

—Soy amante de la verdad, señora que no conocéis, y en nombre de ella he venido, para evitar que Matteo Trozzi quede vilipendiado. No murió de miedo... Un puñal se clavó repetidamente en su entrecejo.

—¿Un puñal, Pino? —arguyó Martinelo—. Mi señor, el gran duque Falco, vio personalmente, con sus hermosos ojazos, al pajarraco de aletas y pico corvo.

—Yo he estado pensando, señores..., y los murciélagos vuelan, pero no andan como las personas. Lo que sucedió hubiera paralizado al más valiente.

—Tú eres muy valiente, Jacoppino —observó, sinuoso,

Martinelo.

—Tendrás tiempo para saberlo, Martinelo. querido. Prestadme vuestra atención, señores, ya que es lo único que sois capaces de prestar. Estaba el gran duque...

—El difunto gran duque —corrigió Martinelo.

—Si hablaba conmigo, no estaba aún difunto. No seas tan ansioso, Martinelillo. Relató lo que ocurrió... De pronto, aleteando, irrumpió en la sala un enorme murciélago... Vuestros potentes cerebros asimilarán rápidamente mi persona ideal de que el verdadero miedo lo produce aquello que no logramos comprender... Si nos ataca un tigre, pues es un tigre. Tratamos de correr...

—Y por los resbaleras que damos en nuestro propio sudor escatológico, nos alcanza el tigre —terció Gianpano.

—También el tigre resbala—replicó Jacoppino.

Para todos les reunidos, lo esencial era demostrar que poseían lo que llamaban "señorial ironía".

—El caso es que yo he visto murciélagos, y con la mano los espanto. Ahora bien, al ver entrar a aquel murciélago que tenía cuerpo de oso y. pico gigantesco, mi cerebro no podía razonar. Salí corriendo...

—Huyendo, Jacoppino.

—Eso es, huyendo como un valiente, porque hacía falta mucho valor para que las piernas funcionasen. Acudí a buscar refuerzos... Los propios esbirros que tienen la obligación de matar dragones y derribar gigantes, lanzaron verdaderos chillidos al ver surgir al murciélago... Mi amo estaba agonizando.

—Lloraste como un hombre vulgar, Pipino.

—Sí, Martineta. Y por unos instantes fui una persona decente. Pero ya pasó la debilidad. Acato el destino, que te hace nuestro rey, Martinelo.

—Si besas mi diestra, te dejaré recoger las migajas de mis manteles —dijo altivamente, contoneándose, Martinelo.

Al igual, aparentando buen humor, Jacoppino avanzó y asió la diestra tendida.

Mordió salvajemente, y Martinelo saltó hacia atrás, cuando pudo liberar su mano. Miró el surco sangriento de los dien.es, y como todos le observaban, sonrió forzadamente:

—Debí pensar que no eres perro que lame, sino que babea y muerde, Pipino. ¿Qué más sucedió? Nos tienes pendientes... a distancia... de tus belfos.

—Lucrezia estaba estrangulada en el lecho de amor.

—¡Oh, qué dolor, qué pena, qué estupor! Te hubieran sentado

tan admirablemente las tocas de viuda sobre sus rojos cabellos...

—Y Iolanda y sus dos pajes estaban muertos. La hija mayor de Matteo, tendida en su lecho, y, junto a ella, muerto, el apuesto preboste Bruno. Un cuadro desgarrador... Y llevaban la marca de la doble aspa...

—¡Ferenc Mijail, el bohemio brujo!

—Seguro que fue él. También los dos pajes Berto y Fredo, de Isolda, la dulcísima Isolda, estaban muertos, con la misma herida que mató a Matteo.

—¡Ferenc y el murciélago! ¡Estamos perdidos! ¡Terror en palacio!—iban clamando, grotescamente, los bufones.

—Hay más... ¿Recordáis el gentil trovador que logró escaparse, después de raptar a las hermosas codiciadas por nuestros amos?

—Un español.

—Luys Gallardo.

—Colgado quedó por los pies, destrozado por la jauría.

—No, no; ignorantes botarates. Reapareció muy vivito y se metió en el torreón de las doncellas. Ha raptado a Isolda, y acompañado de cuatro bribones, uno de los cuales es el barón Gontran d’Eperlan, ha huido.

—Una noche agitada, a fe mía —comentó Martinelo, fingiendo acariciarse el mostacho—. ¿Y qué más, Pipino?

—Que me llames Jaco. ¡Pronto, obedece, o te entrego a mis verdugos!

—Jaco, Jaco. ¿Qué más?

—Todos buscan a Ferenc, ansían coger al trovador... y temen encontrarse con el murciélago antes que amanezca. Esta es la situación... y que muy dignamente aceptó la fatalidad de ser un rey destronado. ¡Te cedo los poderes, Martinelo! ¡Aprisa, todos de bruces! ¡Presto! ¡Salve y loor al gran bufón de! gran duque Falco!

Todos imitaron al que arrodillándose dobló el largo espinazo, inclinando repetidamente el busto ante Martinelo.

—Levantaos, levantaos, señores muy nobles. La seguridad de que me queréis y me adoráis me hará ser benévolo. Dijiste antes, Jaco, que tenías tus sospechas. que habías pensado... ¿Qué has pensado y qué sospechas? Díselo a tu superior y magnánimo capitán.

—Sospecho que el murciélago es un bribón con carne y hueso de granuja asesino. Y pienso en una máxima latina.

—¡Latín! ¡Jacoppino sabe latín!

—*Cui prodest* —dijo, sentenciosamente, Jacoppino, agitando su largo índice.

A la vez, vigilaba continuamente los menores gestos de Martinelo. Éste asumió un aire desdeñoso:

—¡Aclara, bufón del demonio! El saber latín es propio de perdularios, y a mi prosapia le es repulsivo toda manifestación de cultura que no sea la de nabos y coles.

—*Cui prodest* decían los latinos cuando querían averiguar la razón de alguna muerte rara. ¿A quién aprovecha? ¿Quién se beneficia con la muerte de Matteo Trozzi?

—¡Yo me beneficio! Porque ahora soy el amo aquí dentro —afirmó Martinelo, golpeándose el estrecho busto.

—No tienes valor ni para meterte en disf raz de murciélago. Yo apunto más alto.

Martinelo torció la boca, regocijado.

—Habéis todos oído, señores, cómo Jaco acaba de acusar al nuevo gran duque de ser un patricida...

—Parricida —corrigió Gianpano.

—Si el murciélago corría o volaba * mientras Falco subía las escaleras, ¿cómo pudo Falco ser el murciélago?

Desenvainó Martinelo. Alzó el desnudo acero. Otros bufones iban acercándose a la puerta para impedir la salida.

—Mi primera decisión de rey es ordenar la muerte de Jacoppino, insidioso malvado que osa acusar al nuevo gran duque. ¡Sus y a él, señores! ¡Es un hombre solo y somos muchos! ¡Avante, valientes! ¡Desbrocémosle! ¡Pero que le quede vida suficiente para que podamos llevarlo a rastras ante mi señor Falco!

Un círculo de espadas, dagas, estiletes y puñales fue cerrándose alrededor de Jacoppino, el bufón secretario del difunto Matteo Trozzi.

Capítulo II

EL BOSQUE CERCADO

El alto promontorio sobre el cual, en escalonamientos, extendíase la ciudad de Anacapri, tenía tres franjas netamente separadas y visibles desde el mar.

La primera la formaban el puerto y la ciudad antigua y baja. Después, la primera colina remataba su cima con varios palacios, entre los que se destacaba el perteneciente al gran duque de Capri, y que había sido usurpado por los Trozzi.

En esta segunda franja espaciábanse los edificios, y la arboleda iba adueñándose de la tierra, culminando en grandes extensiones despobladas donde la floresta imperaba.

Al oeste y al norte clareábase la vegetación en reducidos

espacios, donde carboneros, pastores y cazadores habitaban míseras chozas invisibles, por estar rodeadas de exuberante flora.

En una de estas cabañas reuníase un grupo. de hombres, que, sentados en los rústicos bancos ante el umbral, permanecían en silencio, mirando con fijeza y expresión trágicamente patética el espectáculo que ofrecía el negro velero entrando en el puerto, remolcando al “Dardo”, de cuyas vergas pendían una mujer y diecinueve hombres.

Luys Gallardo se puso en pie y asió por el hombro a Bruyant Lartiguers, cuando éste, impulsivamente, se levantó haciendo ademán de abandonar el corto espacio llano donde la hierba formaba tapiz alrededor de la cabaña.

El jovial y despreocupado gascón, cuyos claros ojos, ostentaban una sempiterna luz descarada, 'tenía contraídas las facciones.

En sus pupilas color ceniza, un denso matiz turbio hablaba de agresivo furor contenido, y el recio pecho alentaba en respiración entrecortada, mientras vibraban ostensiblemente los músculos de sus brazos.



...las velas del "Desesperación" estaban ya lejos.

—¿A dónde vas, Bruyant? —murmuró, ronca la voz, el trovador.

Tras ellos dos, los tres gascones, empañados los ojos de lágrimas, parecían no querer creer lo que lejano se veía.

Sus alegres compañeros eran aquellos cadáveres bamboleándose.

Bruyant Lartiguers tardó unos instantes en responder :

—No sé cómo, pero he de lograr que el monstruo inhumano que dio muerte a Erika y a mis compinches pague muy caro su crimen.

—Es también mi ansioso deseo, Bruyant. Pero que no sea baldío nuestro esfuerzo. Reflexiona, amigo mío. Estamos cercados y primero hemos de lograr salir de aquí. Son muchos los hombres que rodean este paraje, y si nos dejásemos llevar por un impulso justo, pereceríamos sin conseguir vengar a nuestros amigos.

—Envidio vuestra calma, señor español. ¡Yo no puedo permanecer aquí como un cervatillo acorralado, mientras allá.., un maldito criminal hace gala y ostentación de su ferocidad!

Luys Gallardo presionó con mayor fuerza el hombro del gascón.

—¿Mi calma, Bruyant? Como a ti, me hierve k sangre, y a temerario no puedes ganarme. Si fuera nuestra vida tan sólo la que en juego estuviere, contigo-arremetería contra los que nos cercan... Piensa que no sernos dueños de morir sin antes vengar cumplidamente la muerte de quienes en nada pudieron importunar al que manda en el negro velero.

El gascón forzó una sonrisa:

—Perdonad, don Luys. Tenéis razón, y os obedezco. Hay instantes en que los que, como vos, nacieron para mandar, saben imponer la serenidad necesaria.

—Más que serenidad es obligatoria precisión de pensar, Bruyant. Siempre me guié por el axioma de luchar sin meditar en las consecuencias, pero ahora no es fútil reyerta de aventureros. La realidad es que nos cercan superiores fuerzas, que somos cinco hombres, y allá, un velero artillado y con numerosa tripulación nos desafía. Descabellada empresa es acometer a pecho descubierto, en lid donde sólo puede vencer la astucia favorecida por buena estrella.

Si a la vez Luys Gallardo pensaba en voz alta, también argüía para devolver la presencia de ánimo al excitado bandolero.

Y lo consiguió. Bruyant Lartiguers volvió a sentarse, sombríos los ojos febriles, pero aplacada la convulsión de sus miembros.

Los otros tres, le imitaron, permaneciendo quietos, como fascinados, sin lograr apartar la mirada del velero que, aunque lejano, habían reconocido inmediatamente, al igual que los característicos atuendos de sus compañeros, la figura de Erika, y las ropas de Musso Volpi, así como la abigarrada vestimenta de Delfín Lechuga.

—Nuestra permanencia aquí supone un peligro constante para ella—dijo el trovador aludiendo a Isolda Trozzi, la cual, rendida, dormía en el interior de la cabaña.

—Sí —replicó, absorto, Bruyant. Y recuperándose, sacudió la cabeza: —Estoy incapacitado para pensar algo coherente, don Luys. Ordenad, y yo y los tres compañeros que me quedan obedeceremos.

Señaló Gallardo las cimas copudas de varios árboles, en tres puntos distintos.

—Encaramados podrían divisar la proximidad de los que deben estar recorriendo el bosque, y no nos sorprenderían...

—Conocen este caso. ¿Habéis oído, compinches? Id, y si se acercan sabuesos, silbad el triple toque de aviso. Tú, “Frambuesa”, allá tras la cabaña. Allí, “Respingón”.. Y tú, “Vinagre”, al otro lado.

Los tres gascones desaparecieron, para poco después quedar ocultos en lo alto de sendos árboles, a una distancia de cincuenta metros alrededor del claro de la cabaña.

Abatido, Bruyant murmuró :

—Quisiera tener cincuenta hombres conmigo, y poco iba a durar el velero negro. Nunca como ahora he sentido tantos impulsos sanguinarios... Despedazaría a hachazos a quien manda la nave...

-—Ocasión tendremos de desfogarnos, Bruyant.

—Parecéis esperar una ayuda que no veo por dónde vendrá, ahora... que vuestro velero está en poder de otro... No es fácil descorazonarme, pero estoy abatido...

Enmudeció el gascón, levantándose y mirando con fijeza hacia la vegetación, desde donde oíase un susurro de ramitas rotas y matorrales sacudidos por el paso de alguien..

Luys Gallardo corrió, seguido por Bruyant. Ambos pisaban ligeramente, y quedaron agazapados junto a un seto donde silvestres rosas desprendían fuerte aroma, bañadas en el reciente rocío evaporándose al incipiente sol.

Un hombre joven, vestido de pieles, apoyándose en cayado de pastor, calzando abarcas de cuero y pendiente del cuello el cuerno utilizado por los que guardaban rebaños, iba abriéndose paso por entre la maleza.

Penetró en el claro, y de pronto, dióse vuelta al aparecer Luys Gallardo y el gascón.

Iba solo, y nadie le seguía, ya que ninguno de los tres vigilantes gascones había lanzado los silbidos de alarma.

—Buenos días —saludó, amistosamente, el recién llegado.

—Así los deseamos, pastor —replicó Gallardo.

—Buscando estoy una oveja que perdí.

Bruyant hizo un gesto de enojo.

—No es lugar de ovejas éste, pastor. ¿No viste acaso que rondan muchos hombres armados?

—Los vi, y no me vieron. Conozco todos los senderos y vericuetos del monte, y numerosos atajos que ningún esbirro de los Trozzi sabría seguir sin perderse.

Había algo extraño en el tono del pastor. Añadió:

—Me desperté al oír repicar cascos de caballo. Os vi desmontar por las cercanías de mi aprisco, y aguzar vuestros caballos para lanzar a los que os perseguían por falsa pista. Y como todo natural

de la isla, enemigo soy de los Trozzi, y por tanto amigo de sus enemigos.

—Me place tu llaneza, pastor—dijo Gallardo—. Estamos cercados, y si tú nos quieres ayudar, podríamos recompensarte.

El pastor contemplaba con detenimiento al que le hablaba. Hizo un gesto indicando el hombro del trovador.

—Los rumores corren pronto por llanos y montes, porque un pueblo oprimido goza siempre oyendo hablar de los reveses que a veces sufren los tiranos. Si en tu hombro se terciara laúd...

—Lo había. Y lo volverá a haber, porque una canción a tiempo mitiga sufrimientos, pastor.

—Entonces tú eres el que a riesgo de graves torturas, escapó de manos de los Trozzi, y salvó a tres damas. Decía una mujer que te vio, qué sonriendo pareces arcángel, y luchando demonio.

—Para pastor tienes parla cultivada, amigo.

—Mi nombre es Reinaldo, y en mi podéis confiar. Os puedo conducir lejos de este bosque.

—¿Por qué quieres ayudarnos? ¿No ibas tras una oveja perdida? —inquirió receloso Bruyant.

—Mis ovejas están bien guardadas. Quise primero averiguar quiénes erais.

El semblante abierto y franco del pastor predispuso desde un principio a Luys Gallardo en sentido favorable hacia el llamado Reinaldo

—Dices que bien guardadas están tus ovejas. ¿No pueden hallarlas los prebostes de los Trozzi?

—Fío en ti, Reinaldo. Esta es mi diestra: estréchala, y al igual que ahora te brinda amistad, sabría darte muerte si mintieras.

El pastor irguióse.

—No quiero juntar mi palma a la tuya, si recelo tienes.

—Un recelo tengo. Hay nobleza en tu porte y altivez poco propia de un sencillo pastor. Como hombre, leal me pareces.

—Entonces, choquemos. Soy tu amigo.

Un sordo mugido pareció extenderse por el valle, ascendiendo sonoro y retumbante monte arriba.

A la vez, los tres hombres miraron hacia el puerto. De las bordas del velero negro brotaban las humaredas de las bombardas...

Y las llamas de los disparos prendían sus penachos en las maderas dejos techos del palacio usurpado por los Trozzi...

Capítulo III

UN BUHONERO

En las primeras horas de la noche en que habían tenido lugar todos los acontecimientos relatados, un buhonero rechoncho y de caminar cansino, carilleno y astroso, deambulaba por las callejas de Anacapri.

Colgando del cuello presentaba una bandeja de madera con rebordes, que contenía baratijas vistosas y multicolores.

Eran abalorios y figurillas procedentes de uno de los cofres del pirata Abdul Hamez.

Y el piamontés Bembo era el buhonero. Cuando Luys Gallardo se disponía a abandonar el velero "Dardo" para dirigirse de nuevo a Capri, su escudero habíase ocultado bajo una lona, introduciéndose con dificultad y estrechez en el compartimiento destinado a víveres bajo la estructura de popa de la chalupa.

Cuando apareció temeroso, anunciando a su amo que no quería separarse de él, manifestó a la vez que podía serle de ayuda, y mostró la bandeja de buhonero y las baratijas de que se había apoderado.

Aseguró que él podía adquirir informes que fueran útiles a Luys - Gallardo, y éste, aceptó los servicios de su escudero, quedando convenido que cualquier importante noticia que consiguiera la fuera a comunicar aguardando en la cabaña del bosque, cercana a la playa de Ambrina.

Pero Bembo sólo encontraba oídos sordos, y miradas desconfiadas. Y poco preguntaba ,porque constantemente notaba su piel granuleada con el característico moteado gallináceo.

Se lo producían los prebostes y las rondas armadas que pululaban por calles y plazuelas.

Cansado de andar, penetró en una posada de humilde aspecto, y descargándose de la bandeja, sentóse en un rincón.

Acercósele, sin grandes prisas, un hombretón.

—Hola, caminante. ¿Qué deseáis?

—Cenar a gusto, buen hombre.

El mesonero se frotó el índice y el pulgar, manteniéndolos a escasa distancia de la nariz de Bembo.

El piamontés no se ofendió. Inclinóse, y de su media desanudó el cordón, hurgó, y extrajo un florín de plata.

—Tengo mucha hambre, buen hombre —dijo Bembo, mostrando

la moneda sin soltarla.

—Y yo mucha pobreza, buhonero. Pero si me dais ese reluciente florín sin que nada os tenga que devolver, pedid por vuestra boca glotona, que os satisfaceré. Ved que nadie acude a mi casa, desde que... en fin, pedid y si no sois excesivamente complicado, os quedaréis ahíto.

—Poca cosa quiero. Veamos, veamos... Un pastel de anguilas para empezar...

—No hay anguilas. ¿Os da igual un pastel de liebre ?

—Bueno. No soy muy exigente. Acepto la liebre si no es anciana. Después un par de pichoncitos en salsa verde. Y para completar, un buen pollo tomado, que me deje saborear un postre de queso. Todo rociado con vino espeso y tinto.

—Ya veo... ¿Y un lechón embrochado, con perejil en el morro, más un poco de estofado, de cinco perdices con pajaritos, os sentaría mal? La moneda que me dais es de plata y no de oro. Añadid otra, y haremos trato sin más discutir. Soy gran cocinero, y no os molestará la distinguida concurrencia.

Con gesto desolado, el mesonero mostró la vacía sala.

—Tomad este otro florín, y vamos a la cocina. Me gusta ver cómo se condimentan las comidas que engullo.

—¿Sois cocinero? Mejor... No tengo criados ni mozas... Y bien se ve que no sois de la isla.

En la cocina, y mientras ayudando al mesonero, iba Bembo trinchando y adobando, inició una conversación.

Cuando ya cocíase el pastel, y asábanse los pichones y el pollo, los dos hombres tratábanse fraternalmente, gracias a sendos tientos que hacían para mitigar el calor de los fogones.

—Yo soy un hombre de bien, Bembo, y si te he cobrado dos florines de plata es porque tengo que vivir.

—Es muy natural, Gabriele.. Me gusta esta cocina. Tienes de todo, y veo que sabes manejar los cucharones. No dejas perder gota, y rocías espléndidamente las carnes con sus propios jugos...

—Ah... Y eso que he perdido el gusto por cocinar, desde que... En fin, Bembo amigo, más vale no hablar. ¿Dijiste que eras piamontés?

—Y de los sanos. Echa un poco de pimienta a la salsa.

—¿Piensas vivir aquí?

—¡Líbreme el cielo! Estoy de paso, y mañana mismo me largaré. No me convence esta isla.

—Es muy bella.

—Pero sobran armas.

—No era así en tiempos del Gran Duque Reinaldo, y... en fin, ¿echo un poco de ajo al tomate?

—Dos dientes. ¿Quién era Reinaldo?

—Nuestro buen señor. Lo mató el viejo Trozzi. Pero... no se debe hablar de esto.

—¿Por qué?—preguntó Bembo, por hablar, atento a manejar el manubrio de la brocha donde un pollo se iba dorando lentamente.

—Si nos oyeran, nos desollarían vivos.

—Estamos tú y yo solos.

—Pues, verás —fue diciendo el mesonero, que ardía en deseos de expansionarse—. Una noche desembarcaron los Trozzi, y se adueñaron de la isla. Eran más y mejor que los soldados del Gran Duque Reinaldo. Mataron a toda la familia... aunque muchos dicen que el hijo, que se llamaba también Reinaldo, logró escapar. También dicen que vive oculto en el monte, y que muchos han ido reuniéndose con él. Pero eso lo dicen sólo los fieles, y los que sueñan con impasibles. Yo tenía una moza, que estaba enamorada como muchas del joven Reinaldo... Y me aseguró que éste iba vestido de pastor... Yo le dije que se callara estas visiones, porque de lo contrario los malditos Trozzi asesinarían a todos los pastores del monte. ¿Un poco de laurel en el pastel ?

—No, no... Si acaso este manojo de tomillo, bien trinchado y en una bolsita.

—Veo que entiendes. Así después, cuando termine de cocerse, puedes quitar la bolsita, y ha soltado todo el aroma. ¿Por qué no te quedas aquí conmigo? Aunque no tenga clientes desde que Falco Trozzi entró un día, y dijo que a quien encontrara aquí a partir de las ocho de la noche, lo degollaría, empezando por los dedos de los pies...

Atragantóse Bembo, mirando tembloroso hacia la sala...

—No tengas temor, Bembo. Diré que eres mi pinche.

Poco después comían ambos en compañía. Y alentó a la cena, Bembo seguía escuchando distraídamente al mesonero.

Era ya tarde cuando cerradas las puertas de su vacía posada, Gabriele mostró a Bembo su mejor lecho.

—Dormirás como un duque, querido Bembo... Ah... ¡Ojalá pudiera yo temer alguna vez el honor de albergar a un buen mozo como lo era Reinaldo, nuestro joven señor! Una vez durmió en esta misma alcoba, porque se fatigó cazando y no quería ir a Palacio, sin llevar suficientes piezas con las que enorgullecerse...

Calló el mesonero, cerrando la puerta, porque Bembo apenas colocó la cabeza sobre las almohadas, empezó a suspirar, y de los

suspiros pasó a un ascedente arpegio de ronquidos melifluos.

Capítulo IV

EL PRINCIPIO DEL FIN

—¡Quietos, esperpentos!

La recia voz autoritaria de Falco Trozzi, restallando como un látigo, hizo detenerse a los bufones que se disponían a martirizar a Jacoppino.

Martinelo envainó prestamente, y haciendo zalemas al que con varios de sus esbirros entraba, acusó:

—¡Este indigno jocoso ha lanzado contra ti grave insidia, mi señor! Y decidimos...

—Quien decide soy yo. Habla, Jacoppino. Tú fuiste el que estaba junto a mi padre cuando éste murió, y mejor que ninguno viste al monstruo volador.

El esquelético y siniestro bufón sabia que Falco carecía por completo del sentido del humor, y aun menos admitirla necedades en aquellos mementos de desconcierto.

—Yo alegué, Gran Duque, que teníamos que meditar a quién aprovechaba la matanza. Tu malpensado jocoso te acusó citando tu nombre que yo nunca pronuncié más que con devoción y miedo, porque me impones un respetuoso terror. ¿No temía mi señor Matteo la muerte oscura por artes de brujería de Ferenc Mijail el bohemio?

—No tardará en amanecer, y el tiempo apremia.

—Apremia la venganza, Gran Duque. El palacio estaba bien custodiado, y, sin embargo, alguien llegó hasta las altas habitaciones. ¿Cómo? Sólo lo pudo hacer por dos medios: con disfraz, o con ayuda de un cómplice aquí dentro.

—El trovador maldito era el que decía llamarse Luciano Risco. Lo sabemos ya.

—Piensa pues que el que decía llamarse Marco Véneto, podía muy bien ser Ferenc Mijail. Pero... ¿Y el murciélago?... ¿No son artes de nigromante?... ¿No tiene Micer Gretto salas privadas, siempre cerradas a triple cadena?

Las tupidas cejas de Falco Trozzi se contrajeron. Asentía. Y Martinelo enrojeció de furor. Veía que al igual como hizo con Matteo Trozzi, ahora estaba Jacoppino adquiriendo influencia sobre el nuevo señor de Capri.

—Vamos —ordenó Falco, y a la vez con la mano llamó a Jacoppino—. ¡Y todos vosotros, guardaos muy bien dé enturbiar las

cosas! ¡Quedad donde estáis y en silencio!

Al dirigirse hacia las escaleras, Falco Trozzi ordenó :

—Cinco de vosotros con ariete a derribar la puerta, si micer Gretto no abre a mi llamada. Vosotros, cerrad el paso por la calleja de salida, y disparad las ballestas si aparece el murciélago.

* * *

Ferenc Mijail dejó de observar por las mirillas los movimientos del velero “Desesperación”.

Señaló a micer Gretto la negra tela velluda que con las aletas membranosas fingía un gigantesco murciélago.

—Servirá para terminar con Donato Guicciardini cuando éste termine con los Trozzi. Y ahora, micer, piensa por qué artilugio o sortilegio puedes lograr que Isolda, mi prometida de redención, quede pura e indemne. No puedo vivir si no...

Se iterrumpió, y vacilantes las piernas se dejó caer en un sillón. Tendió el oído:

—Me parecía haber oído rumor de pasos, micer.

Un golpe dado en la puerta de la antesala, repercutió sonoro.

Ferenc Mijail miró al nigromante. Éste, elevó los hombros:

—La candidez de les Trozzi llega a tanto, que posiblemente acuden a pedirme un exorcismo contra el murciélago.

—Escóndeme.

Y recogiendo el fláccido disfraz, Ferenc Mijail, apoyándose en mesas, sillones y paredes, llegó hasta el laboratorio donde micer Gretto le indicó una abertura que apareció al presionar un relieve de estatua.



...penetraron numerosos y raudos los piratas...

—Aquí estaréis a salvo, aunque no corráis peligro.

—Lo correría si me vieran.

Las llamadas hacíanse más impacientes. Micer Gretto apretó de nuevo el relieve formado por el pomo de la espada que con sus patas delanteras sujetaba un zorro bicéfalo en pie.

Cerróse la estrecha puerta ocultando al bandido bohemio.

Apresuró micer Gretto el paso, y fue a descorrer los cerrojos de la puerta sacudida violentamente desde fuera.

Se esfumó en profunda reverencia al ver entrar a Falco Trozzi.

—Mucho has tardado, micer.

—Abstraído en mis estudios, Excelencia...

—¿Y por qué no, absorto en la tarea de esconder algo? —interrumpió Jacoppino entrando.

De cuantos pertenecían a la casa de los Trozzi, sólo un hombre inquietaba a micer Gretto, y este hombre era Jacoppino.

—Pobre de mí... ¿qué iba yo a esconder, aunque ocultas sean para los demás las ciencias que yo estudio ?

—¡Registrad! —ordenó Falco Trozzi.

Fueron penetrando los soldados. Jacoppino acudía a revolver los más insólitos lugares: miraba bajo un voluminoso mamotreto, levantaba un atril, volcaba sacos...

Falco Trozzi observaba malignamente el nigromante.

Sin resultado alguno quedaron revueltas y desordenadas tres habitaciones. En el laboratorio, micer Gretto advirtió:

—Aquel saco ¿contiene víboras venenosas, Excelencia.

—Ábrelo, y vacíalo en el bocal aquél. Si escapa un reptil, montarás el potro de tortura.

Obedeció el nigromante, observado a prudente distancia por los demás. Jacoppino dirigía los ojillos a todos los rincones.

Como en las otras salas, hacía un gesto que llenaba de sudor los cabellos de micer Gretto bajo su gorro puntiagudo.

Repiqueteaba las paredes, aplicando a la vez el oído contra los tabiques.

Y de pronto, Jacoppino mantuvo en el aire el puño, después de haber golpeado un espacio cerrado, entre un pedestal que sostenía una carátula grotesca y otro que servía de peana a un zorro bicéfalo en pie, con espada de larga empuñadura entre las patas delanteras.

El bufón cloqueó:

—¿Qué tesoro escondes aquí, poderoso mago?

—Ningún tesoro más que la ciencia y la humildad de...

—Menos historietas, vejestorio. Aquí hay Un armario empotrado en la pared. Entrega la llave a nuestro Gran Duque... ¡Presto, bribón!

—¿Qué llave?

Falco Trozzi avanzó con la diestra abierta. La proyectó en revés contra los labios del nigromante...

—Entrega la llave, micer.

El segundo golpe que asestó Falco derribó a Gretto, que ensangrentado y escupiendo un diente, juntó las manos...

—Nada hay tras estos muros, Excelencia.

—¡Colgadlo por los pulgares!

En un santiamén quedó micer Gretto suspendido de una viga del techo bajo, por sendas cuerdas que rodeaban sus pulgar.es.

Sus pies estaban a un metro del suelo.

—Este brujo miente —declaró Jacoppino—. ¿Le pincho, mi rey?

Asintió mudamente Falco Trozzi.

Jacoppino desenvainó su estilete, y lo hincó suavemente en el muslo del supliciado.

—Escucha, brujote —fué diciendo el bufón— empezaré por sangrarte un poco, para despejar tu cerebro cargado de negruras. Después, si persistes en la osadía de engañar a mi rey, te dejaré ciego.

Falco Trozzi esbozó una sonrisa de agrado. Pensaba que Jacoppino era hombre de valía...

Los soldados formaban corro aguardando el final de la tortura. Uno de ellos se apoyó en la estatua del zorro de doble cabeza.

Mientras iba viendo como, con sádica complacencia, Jacoppino acercaba su ensangrentado estilete al rostro del colgado, el soldado, buscando mejor postura, apoyó la diestra sobre la empuñadura de la esculpida espada.

Un agudo chillido del astrólogo anunció que Jacoppino había cumplido su atroz amenaza...

Descorrióse lentamente, sin ruido, la puerta del compartimiento secreto. Ferenc Mijail había revestido la negra ropa del murciélago.

—¿Hablarás, brujote?

—¡Derribad este tabique! —gritó Falco, señalando el espacio que había sonado a hueco bajo el repiqueteo de Jacoppino.

Y quedóse alelado, al igual que los soldados, viendo la máscara de pesadilla que surgiendo del estrecho escondite, aleteaba...

Ferenc Mijail, con la nerviosa energía del que está acorralado, se sobrepuso a su reciente debilidad producida por las heridas de las dagas de Luys Gallardo, y raudo agitando sus brazos, produjo un momentáneo pavor.

Sus manos esgrimiendo puñal, arañaban a diestro y siniestro. Un golpe certero cercenó la yugular de un soldado...

Jacoppino echóse al suelo cuan largo era... Otro soldado, maquinalmente, disparó su ballesta, atravesando el bamboleante cuerpo de micer Gretto.

Ferenc Mijail logró alcanzar el pasadizo que conducía al exterior. Lanzáronse tras él, ya repuestos, Falco y sus esbirros.

En aquel mismo instante retumbaron los primeros disparos de las bombardas del “Desesperación”.

Abrió la puerta Ferenc Mijail y, apenas su macabra figura negra se perfiló en el umbral, una lluvia de flechas le atravesó mortalmente, convirtiéndolo en una criba…

Aleteó agónico en el suelo. Un soldado corrió y, poniéndole el pie en el pecho, atravesó con su estoque la garganta del caído, que quedó ya inmóvil.

Falco Trozzi, atónito, vio cómo prendían las llamas de las piedras de azufre lanzadas desde las bombardas, en la madera de los techos.

—¡Trozzi y sin tregua! —aulló, lanzado el grito de guerra.

La mayor confusión reinaba en el palacio y casas adyacentes. El velero "Desesperación" seguía disparando, mientras en chalupas iban desembarcando sus tripulantes, portando gran escudo y calados cascos negros.

Capítulo V

LA MATANZA

Luys Gallardo, al igual que los otros cinco hombres, asistía desde su elevada posición al combate que se iniciaba.

—Umbrío y Trentino con los suyos quieren impedir el desembarco—comentó el pastor Reinaldo—. ¿Quiénes serán los invasores?

—Sean quienes sean, entre ellos se diezmarán— dijo el trovador —. Y ocasión es ésta, Bruyant, que debemos aprovechar. Atiende, Reinaldo. En esta cabaña, duerme una dama, a la cual deseo evitar toda contrariedad. ¿Puedes darle seguro refugio en tu aprisco, y cuidarla como a la más delicada de tus corderas ?

—Estará a salvo donde yo la lleve.

Isolda Trozzi, despertada por los disparos retumbantes, apareció en el umbral de la choza.

—¿Qué sucede, amigo mío?—inquirió, dirigiéndose al trovador.

—A averiguarlo vamos, y mientras quedaréis al cuidado de este pastor, que es noble y leal. Os conducirá a sitio seguro, y nos volveremos a ver... cuando sepa lo que allá ocurre.

—Hay soldados cercando el bosque...

—Ya no. Irán a engrosar las filas de los que luchan contra los invasores. ¡Hasta pronto, Isolda! ¡Hasta pronto, Reinaldo!

Corriendo alejáronse Luys Gallardo y los cuatro gascones. Infatigables, descendían por la ladera, dispuestos a todo...

—¿Nadáis, amigos?—preguntó el trovador, sin dejar de correr.

—En el río éramos peces. También lo seremos en el mar.

Detuviéronse ya sobrepasada la franja boscosa, cerca de la posada “El Faisán Dorado”, en cuyo umbral Aldo Guicciardini, el obeso enviado de Roma, intercambiaba excitados comentarios con el mesonero, señalando el velero negro.

—Esperemos a ver cómo termina el combate —indicó Gallardo —. Desde aquí estamos bien situados. ¿Qué comenta el enviado toscano?

Excitado, Aldo Guicciardini, gritaba:

—¡Es Donato! ¡Es Donato!

Bruyant miraba ceñudo, tratando de apartar la vista de las vergas del velero blanco, hacia el grupo de atacantes que luchaban en forma curiosa.

Avanzaban en formación compacta, enlazando sus unidos

escudos, quedando así bajo un caparazón protector.

Desde el palacio-castillo de los Trozzi descendían al galope jinetes lanzando el grito de guerra…

Las formaciones de desembarco se inmovilizaron, y sólo conservaron los escudos ante sí los componentes exteriores del cuadro. Los demás los alzaron, manteniéndoles encima de las cabezas.

Y quedó establecida la fortaleza llamada la “tortuga romana”.

Mientras, los artilleros del “Desesperación” obedeciendo las atinadas órdenes de Donato Guicciardini, disparaban hacia los grupos de las mesnadas de Trentino y Umbrío.

Como en muchos otros lugares había sucedido, los habitantes de Anacapri, sin indagar quién acudía a presentar combate a los opresores, salían a las calles armados de toda clase de instrumentos.

Desjarretaban caballos, lanceaban jinetes, apedreaban y lapidaban a los de a pie, y desde las ventanas, lanzaban agua hirviendo sobre los que corrían hacia el puerto, contribuyendo así al fácil triunfo de las huestes del “Desesperación”.

La matanza prosiguió, aun mucho después de que un centenar de hombres vestidos de negro y portando el gran escudo y casco, ocupasen todas las entradas del Palacio.

Los habitantes de la ciudad remataban los heridos, y perseguían a cuantos llevaban el airón de colores de la casa Trozzi.

Los cadáveres de Trentino y Umbrío eran arrastrados por las calles, atados a las colas de sus propios caballos.

La turba enfurecida había contribuido al triunfo de Donato Guicciardini que, desde cubierta, seguía el curso de los acontecimientos.

* * *

—¿Lograsteis huir, señor barón? —inquirió Aldo Guicciardini, saliendo al encuentro de Bruyant.

—Nada escapa a vuestra penetración, Ilustrísimo.

—Ocasión tendréis ahora de enviar un gran relato a vuestro Rey. Estáis presenciando el principio del fin de la usurpación de los Trozzi, y no dudo que la Marca Toscana es la que envía al capitán Donato, mi hermano.

—¿Vuestro humano? —inquirió Luys Gallardo—. Soy del séquito del barón. Entonces, ¿es Roma, la que envía el velero para adueñarse del poder en la isla?

—No cabe duda. Y he reconocido perfectamente a mi hermano Donato. Os aconsejo, señores, que en este momento nos amparemos,

porque la soldadesca ebria de sangre se dedica a la infernal matanza.

Dando el ejemplo, el toscano retiróse. Luys Gallardo comentó:

—Por el instante, nos conviene permanecer junto a Aldo Guicciardini. Es la mejor manera de aproximarnos al que manda el velero negro.

* * *

En el “Desesperación” quedaron tan sólo los artilleros junto a las bombardas.

Donato Guicciardini, seguido por Galo Verzio y escoltado por amplio círculo de tripulantes, encaminóse a través de las calles, ascendiendo hacia el Palacio.

Los cadáveres, los caballos desjarretados, los heridos clamando inútilmente misericordia, parecía ser un espectáculo que animara los mortecinos rasgos magros del desesperado capitán.

Cuando sucesivamente los contramaestres iban dándole la noticia de los exterminios, Donato Guicciardini señalaba el Palacio, y con la diestra hacía un gesto tajante.

—¡Tabla rasa!—traducía Galo Verzio.

Partían los grupos de desesperados, cuya única sed era la de saciarse en la mortandad.

* * *

Jacoppino comprobó la muerte de micer Gretto y la de Ferenc Mijail. Después titubeó hasta tomar un partido.

Dirigióse hacia una posada. Esperaría allí el resultado de los acontecimientos.

Fue viendo desde la sala, como las almenas amuralladas cubríanse de ahorcados. El cuerpo de Falco Trozzi le hizo sonreír...

Examinó sin gran amenidad al gordinflón, sujeto que, colgada al cuello bandeja de buhonero, vino a sentarse frotándose los ojos.

—¿Sucede .algo, caballero?—inquirió Bembo— Me han despertado unos ruidos semejantes a retumbar de trueno. Pero luce el sol...

—Tú eres un hombre feliz, buhonero. No sabes que estás asistiendo al final de la breve dinastía de los Trozzi.

* * *

El que parecía un viejo pacífico, arrodillóse y trazó sobre el

cuerpo muerto de Ferenc Mijail, unas cruces en aspa.

Era el “*hyscuriz*”. Se levantó, y con bramido inhumano, lanzó una onomatopeya aguda.

De portales, esquinas y callejas, fueron surgiendo los bandoleros bohemios, sin cabecilla ahora.

Abalanzáronse por la abierta poterna, y poco después acuchillaban a cuantos encontraban por los ámbitos del Palacio.

Y de nada les sirvió clamar el nombre de Ferenc, cuando lo invadieron las sucesivas oleadas de tripulantes del “Desesperación”.

Mediaba la mañana, cuando Donoto Guicciardini, teniendo a su lado a Galo Verzio, erguíase en el torreón central del palacio ocupado, y oía el pregón lanzado por dos de sus tamborileros:

—¡Pueblo de Capri! Vencidos y exterminados los Trozzi, gobierna y manda desde ahora en vuestra isla Donato Guicciardini. Toda manifestación de júbilo, será reprimida por las armas. No transitará nadie por las calles hasta nueva orden, y quien infrinja tal disposición será ahorcado. Cerrad puertas y ventanas, o las flechas de los ballesteros os harán lamentar tardíamente el desobedecer esta orden. Os manda y gobierna Donato Guicciardini.

Iban los tamborileros redoblando en sus parches, y lanzando el pregón.

Mustias, asustadas, las gentes apresurábanse a ganar sus domicilios, y puertas y ventanas iba cerrándose...

Pronto la entera ciudad semejó una urbe muerta.

* * *

Al oír el pregón, Aldo Guicciardini tomó por testigos a Luys Gallardo y los cuatro gascones.

—Una medida muy prudente, para evitar desmanes.

—Evitad ahora el ser ahorcado si asomáis a la calle —dijo Bruyant.

—El primero seré en dar ejemplo de obediencia al triunfador —replicó Aldo Guicciardini.

Asomó al umbral, y quitándose un enorme anillo con un sello, gritóle a un tamborilero, que dejando ,de repicar disponíase a continuar su caminata.

—¡Eh, buen hombre!

El tamborilero miró fríamente al grueso diplomático.

—¡Levad este anillo a Donato Guicciardini, y seréis recompensado!

Tendió a la vez una bolsa de oro.

* * *

—Esta noche serán incendiadas las casas de la ciudad—decretó Donato Guicciardini—, Distribuid nuestras fuerzas en forma apropiada, para que el incendio estalle simultáneo al sonar el toque de vísperas, que repicarán las campanas del alto torreón.

Galo Verzio saludó y abandonó la gran sala, en cuyo estrado, sentábase Donato Guicciardini apoyada la barbilla en la palma de la mano.

La fría locura sanguinaria que alentaba en el cerebro del romano, le incitaba a parodiar por una noche la vesania de Nerón,

Y un tinte rojizo animó sus pómulos al pensar en la gigantesca hoguera en que se convertiría Anacapri…

TERCERA PARTE

LA LUCHA CONTRA LAS TINIEBLAS

Capítulo primero.

UN PRIVILEGIO EXCEPCIONAL

Galo Verzio se detuvo ante la puerta de “El Faisán Dorado”. Descendió del caballo, y con paso lento penetró en la sala.

Luys Gallardo tenía su diestra apoyada en el hombro de Bruyant Lartiguers. Tras ellos dos, los otros gascones 'esperaban con impaciencia el momento de entrar en acción.

—¿Quién envió este anillo?-—preguntó estólidamente, mostrando la joya entregada por el enviado toscano.

Aldo Guicciardini avanzó solemnemente.

—Yo.

—¿Quiénes son los que contigo van?

—Aprende, patán, que estás hablando con Aldo Guicciardini, diplomático de la Marca Toscana. Estos caballeros son súbditos del Rey francés, en misión de Relatores.

—Seguidme.

Y sin más, Galo Verzio abandonó la sala.

—¡Grosero sujeto! —lamentó Aldo Guicciardini—. Ya le diré a Donato, el mal efecto que me ha causado su criado.

De las caballerizas trajeron los gascones cinco caballos. No tardaron más tiempo que empleó Guicciardini para montar en el suyo.

Galo Verzio conducía su montura a un paso lento, cansino. Producía una sensación de muerto en vida, aumentada por el silencio y la soledad que imperaban por las calles que atravesaban.

Cuantos otros enlutados se cruzaban por el camino, daban la misma sensación de seres sin impulso vital.

Desmontaron en el patio de armas, y Galo Verzio anunció con su habitual sequedad:

—Esperad aquí.

—Necio sujeto—dijo en voz baja Aldo Guicciardini—-. Bien se ve que ignora quién soy. Ya lo aprenderá pronto.

Luys Gallardo, al igual que los gascones, miraba en rededor. Los tripulantes del “Desesperación” estaban estratégicamente

distribuidos, y aunque parecían abismarse en reflexiones, eran los mismos que al amanecer habían irrumpido exterminando a las huestes de los hasta entonces usurpadores.

Regresaba Galo Verzio. Señaló con el pulgar por encima de sus espaldas, diciendo:

—Os espera.

Conocía ya Luys Gallardo el interior del palacio por donde avanzaba. Llegaron a la sala donde el día antes Matteo Trozzi efectuaba sus "merendolas" con la cohorte de bufones.

Espaciados a lo largo de la pared había cuatro hombres armados, apoyándose en sus estoques.

Al fondo, Donato Guicciardini permanecía acodado en el sillón, mirando sombríamente a los que acababan de entrar.

Aldo Guicciardini avanzó casi corriendo:

—¡Hermano¡ —clamó— ¡Albricias!

Donato Guicciardini atajó con gesto seco las efusiones de su hermano.

—No deseo ni quiero oír la menor palabra afectuosa, Aldo. Tienes el privilegio excepcional de haber sido recibido. Abrevia y dime qué haces en Capri.

Boquiabierto, el diplomático, cloqueó:

—Pero... Donato... ¿esta es la acogida con la cual recibes a tu hermano, después de tantos años?

—Tú pediste verme, no yo.

Señaló a Luys Gallardo y los cuatro gascones.

—Tú y ellos disfrutáis del privilegio de ser correveidiles de naciones. Por eso quedáis con vida. Podréis contar lo que ha sucedido y sucederá.

Aldo Guicciardini irguió la cabeza que mantenía baja con ademán apesadumbrado.

—¿Es posible lo que oigo, Donato? ¿Dices que he quedado con vida tan sólo porque soy representante de la marca Toscana?

—Eso he dicho.

—Monstruoso es oírte. Te veo y me parece contemplar a un ser que nada tiene de común con el que fuiste...

—Abrevia, y cesa en jeremiadas y lamentaciones. Siempre fuiste propenso a necedades.

Miró Donato Guicciardini a los otros.

—Podrán sus mercedes repetir en Francia que yo, Donato Guicciardini, detesto la humanidad y no reconozco más raza afín que la de los desesperados.

—De esa raza soy a instantes —dijo Luys Gallardo.

Donato Guicciardini miró con fijeza al que acababa de hablar.

—¿Vuestro nombre, señor?

—Luys Gallardo.

—¿Nombre español en representante del rey de Francia?

—Del séquito soy del barón Gontran d'Eperlan.

—Entonces... el mismo privilegio tenéis que el caballero Aldo Guicciardini. No hablas, Aldo.

—Más hubiera preferido que fuera verdad la voz que corría de que pereciste en brava lucha contra el turco. ¿Con qué objeto has puesto pie en Capri ?

—Esta noche arderá la ciudad entera y al resplandor de sus llamas zarparé.

—¡Estás loco, Donato! ¡Esto es! Tu cerebro desvaría... porque tanta maldad inútil es imposible. ¿Qué mal te hicieron los que aquí tienen sus hogares? ¡Eres un demente!

—Cuidado, Aldo. Si persistes en... ofenderme, la Marca Toscana se quedará sin embajador.

Galo Verzio, que estaba en el umbral, avanzó unos pasos, hasta colocarse tras Aldo Guicciardini.

—No vuelvas a llamarme loco, Aldo... o te haré ahorcar.

—Atiende, Donato. Ha cesado el dominio cruel de los Trozzi. El pueblo se cree liberado y disfruta.

—Por esto mismo.—Y Donato Guicciardini golpeó levemente su palma con el puño—. La alegría de los demás me hiere.

—Perdonad, pero quisiera saber la razón por la cual a remolque de vuestro velero va otro con... gente ahorcada—dijo Luys Gallardo.

—¿Curiosidad de Relator? Os complaceré. Veníamos hacia la isla, cuando divisamos un velero en el cual reinaba la alegría. Por unos instantes creí que era mi velero en el cual... Pero es historia antigua. Fueron acuchillados todos, mujeres y mari-

nos, y quedaron ahorcados los principales. Antes de zarpar lo incendiaré.

—Bien. ¿Os gustaría saber la opinión que tengo de vos, señor Donato Guicciardini ?

—Sí.

—Sois un loco dañino, un bicho repugnante y os voy a pisotear. ¡A por ellos, Bruyant!

Uniendo la acción a la palabra, Luys Gallardo saltó como una fiera sobre el cuello de Galo Verzio, apoyando en sus riñones una rodilla y con fuerte reacción le echó el cuello hacia atrás, rompiendo su espinazo.

Mientras, Bruyant y los otros tres, abalanzábanse con feroz

fruición contra los cuatro que, sorprendidos por el rápido ataque inesperado e increíble, viéronse derribados come si encima les hubiera caído un alud.

Aldo Guicciardini saltó asustado cuando en pie, lívido de furor, Donato Guicciardini, desenvainando, saltaba hacia delante.

Abría la boca el capitán del "Desesperación" para lanzar grito de alarma, cuando gimiendo quedó truncado su intento.

Un fuerte puntapié en el estómago le dejó sin respiración.

—¡Mío! —clamó Bruyant, acudiendo— ¡Mató a mi princesa!

Aldo Guicciardini quiso interponerse. Luys Gallardo, amable pero firmemente, le enlazó los hombros y lo apartó.

Sañudamente, con fiera cólera, Bruyant Lartiguers fue propinando puntapiés y puñetazos al que, como un pelele, caía para levantarse cogido del cuello y volvía a caerse.

Como una piltrafa sangrienta, quedó Donato Guicciardini exánime, yerto, y tendido boca arriba brazos en cruz.

Lamiéndose los nudillos, Bruyant desfogóse:

—¡Gracias, amigo trovador! No me devuelve a la princesa, pero ya no cometerá más iniquidades este... engendro del infierno.

"Frambuesa" y "Respingón" empujaban hacia fuera a Aldo Guicciardini, próximo a desmayarse ante la brutal escena reciente.

—Salgamos pronto, compinches—dijo Luys Gallardo—. Por ahora aun tenemos el privilegio excepcional de ser súbditos extranjeros respetados.

Al final del corredor, varios enlutados montaban guardia. Uno de ellos, inclinado, ajustábase su gregüesco.

—¡Uno menos! —exclamó Bruyant, a la par que sus dos manos entrelazadas, cayendo con fuerza sobre el hombre, lo desnucaban— ¡Lo siento! No me puedo contener.

"Frambuesa", "Respingón" y "Vinagre" estrangulaban a los más cercanos mientras Luys Gallardo proyectó por tres veces sus dagas.

—Ahora, calmémonos, compinches — sonrió el trovador—. Salgamos de aquí y continuaremos la labor allá en el puerto.

Desembocaron al patio de armas. Montaron a caballo, y vieron que en los arneses había un lazo negro.

Un contramaestre se aproximó:

—Libertad de circular por las calles, señores. Dióme la orden Galo Verzio.

Sonrió Luys Gallardo:

—Galo Verzio es gran amigo mío. Le he abrazado al despedirme. ¡Aparta, ciprés!

Picaron espuelas y ya en el exterior, gruñó Bruyant:

—Parece que respiro mejor. ¿A dónde vamos, jefe? ¿A talar más cipreses?

* * *

Bembo sonrió extasiado cuando vio dirigirse hacia palacio a Luys Gallardo. Iba a levantarse, cuando se sentó de golpe al oír a Jacoppino rechinar:

—¡Ya tengo empleo cerca del nuevo tirano! ¡El maldito trovador, con todo desparpajo se dispone a engañar al nuevo dueño de Capri! ¡Y no lo logrará!

El bufón ¡miró agudamente a Bembo:

—No entiendes nada de lo que estoy diciendo, pero sí entenderás lo que voy a decirte. ¿Quieres ganarte cinco florines de puro oro?

—Según y cómo, depende, tal vez sí.

—No tienes más que decir que ambos somos buhoneros. Y entrando en palacio, yo desenmascararé a ese incauto trovador.

—¿Quién?—preguntó, inocentemente, Bembo.

—Un temerario que se finge ser rico veronés, y es en realidad un iluso que pretende proteger a los imbéciles desamparados. Lo desenmascararé ante el nuevo amo de Capri, y esto me valdrá la confianza del Gran Duque negro. Pupila que tengo, amigóte. Los listos somos así. Con todos tenemos empleo. ¿ Aceptas ?

—Sí.

Levantóse el larguirucho bufón, imitado por Bembo.

—¿Vamos?

—Vamos... ¡vamos que te crees tú eso!

Y, a la vez, con furioso ímpetu estrellaba Bembo contra la frente del bufón el jarro de bronce que tenía en la diestra.

Repitió el golpe y respirando con fuerza, se encaró con el que acudía apresuradamente.

Soltó el jarro al reconocer a Gabriele, el mesonero.

—¿Qué has hecho, Bembo?

—Quitar de en medio un gusano.

Gabriele se inclinó y, de pronto, gritó:

—¡Es el canalla de Jacoppino!

—¿Jacoppino?

—Un asesino bufón, que era el alma condenada de los Trozzi. Les servía como agente de todas sus fechorías. ¡Cuidado, se mueve! ¡Es un espadachín consumado!

—Era... —dijo, lacónicamente, Bembo.

En efecto, Jacoppino movíase pero en estertor de agonía. Su

frente rota dejaba escapar la vida por la brecha.

Gabriele asió por las piernas el cadáver y lo arrastró hasta dejarlo en un cuarto obscuro.

—Eres un valiente, amigo Bembo. Y has hecho una buena obra. ¿Te desafió?

—No, lo pillé desprevenido. Pero amenazaba a mi amo, al hombre más gran señor del mundo y eso no lo consiento yo. Ahora esperaré a qué vuelva a salir de palacio mi amo y entonces… me iré con él, porque me da la impresión que el día terminará mal.

Capítulo II

EL ROMANCE DEL PASTOR DE CERDOS

Isolda Trozzi, al quedar a solas con Reinaldo, el pastor, sonrió dulcemente.

—Veo que sois amigo del caballero trovador.

—Está madrugada amaneció mi amistad con él, señora. ¿Queréis seguirme a mi aprisco?

Ella fue andando tras los pasos del pastor. Preguntó al cabo de unos instantes de andar:

—¿Creéis que es ataque de piratas bereberes, pastor?

—Todavía es pronto para determinar, señora.

—Mi nombre es Isolda.

—El mío Reinaldo.

—Así se llamaba el infortunado... Gran Duque.

—También creo que la hija menor de Matteo Trozzi se llama como vos, señora.

—Yo soy Isolda Trozzi.

—Ah...

Isolda no veía el rostro de su guía, pero percibió el endurecimiento del tono de Reinaldo.

—¿Odiáis a los Trozzi?—preguntó, tristemente.

—A todos, no. Sabemos que vos y vuestra hermana no sois malas y no tenéis culpa en lo que sucede.

Las bombardas seguían retumbando. Rió Reinaldo sin volverse:

—No soy quién para reprocharos nada, señora.

—No me habléis tan ceremoniosamente. Yo huye de mi casa, que nunca fue hogar. El caballero trovador me brindó la posibilidad de escapar del maléfico poder de Ferenc Mijail.

Fue explicando ella por qué recibió el nombre de "prometida de la muerte".

Reinaldo, al ensancharse el sendero, se colocó junto a ella.

—¿Aceptáis mi brazo, señora?

—Siempre que me llaméis por mi nombre, Reinaldo.

—Muy gustoso, Isolda.

Llegaban a un conglomerado de rocas cubiertas de musgo, con grandes grietas, por una de las cuales penetró Reinaldo en cuyo antebrazo se apoyaba la mano de Isolda.

Desembocaron en un anfiteatro natural, donde numerosos pastores e levantaron al aparecer Reinaldo. Respetuosamente,

quedaron en pie.

Aturdida, Isolda trataba en vano de mirar hacia el puerto, que no era ya visible. No vio como Reinaldo hacía gestos que interpretados por la mayoría de los allí reunidos, que sumaban cerca del centenar, suponían su inmediata desaparición.

Quedaron tan sólo seis hombres.

—Sentaos aquí, Isolda.

Obedeció ella, diciendo:

—Me inquieta... lo que sucede en la ciudad. Parece que el ataque es de numerosas fuerzas.

—No penséis en nada, más que gracias a vuestro trovador, estáis libre de la férula de... Ferenc Mijail. Vuestro trovador regresará pronto.

—Temo por él. Es demasiado imprudente en su temeraria bravura.

—Hombres así necesita mi isla. Perdón... Tratemos de hablar de cosas que no puedan heriros. ¿Os gustan las leyendas?

—¿Por qué me preguntáis tal cosa?

—Vuestro angelical semblante tiene morbideces de niña y vuestros ojos parecen pedir narraciones alegres, aunque tengan un sentido y una finalidad. Si os cuento Una bella leyenda, ¿me recompensaréis? Decidme.

—¿Qué pedís?

—Un beso de vuestros labios en unión con los...

—¡Mal fió en vos el caballero Gallardo! —exclamó ella, indignada, levantando la mano y disponiéndose a abofetear al pastor.

Pero la risa franca y sencilla del muchacho la aquietó.

—Fue una prueba, Isolda. Yo sé que sois pura y deliciosamente virginal. Seguro estoy que el trino del ruiseñor os deleita.

—Me hace llorar mucho.

—Y que una bella rosa os hace suspirar.

—¿ Cómo lo habéis adivinado?

—Porque sois tan distinta a la princesa cuya historia os voy a contar. —Y con acariciante voz, empezó Reinaldo su relato.

“Había una vez un príncipe pobre, pues sus Estados eran muy pequeños, pero que no por ello dejaba de creerse bastante rico para contraer matrimonio.

”En estas circunstancias, otros muchos príncipes no se hubieran atrevido ciertamente a decirle a la hija del emperador:

”—¿Quieres tomarme por esposo?

"Ahora bien, ¿se atrevió él por tener un nombre célebre en todas

partes y porque había centenares de princesas que se hubieran apresurado a' contestarle que sí?

”Lo que sucedió ocurrió así. Sobre la sepultura del padre de aquel príncipe crecía un rosal, que, aunque sólo florecía cada cinco años y únicamente con una sola flor, era ésta tan deliciosamente fragante que bastaba olería para olvidar en el acto todas las penas y sinsabores, fueran de la índole que fueran.

"Tenía también el príncipe un ruiseñor que cantaba como si las más hermosas melodías se hubieran reunido en su pequeña garganta.

"Esta rosa y este ruiseñor eran los presentes destinados a la princesa y a ella le fueron enviados en cajas de plata.

"El emperador las hizo traer a su presencia en el gran salón donde la princesa estaba jugando a , las “cuatro esquinas” con sus camareras, todas jóvenes y alegres.

"Al tener noticia del regalo, la joven palmoteo jubilosa:

”—¡A ver si será un gatito!—exclamó.

"Pero al abrirse la caja apareció el rosal con su flor.

”—¡Oh, qué bonita y qué bien hecha¡—exclamaron todas las damas.

"El emperador observó:

”—Es más que bonita. Es hermosa.

”—¡Uf¡—protestó la princesa—. ¡No es artificial, es natural!

"Y todas las damas repitieron:

”—¡Uf, es natural!

"—Antes de enojarnos—dijo el emperador—veamos lo que hay en el interior de esta otra caja.

"Y apareció el ruiseñor, cantando tan maravillosamente, que embargaba los sentidos.

"Las camareras aplaudían alborozadas.

“Un viejo cortesano que se hallaba presente, dijo:

”—¡Cómo me recuerda este pájaro la caja de música que poseía la difunta emperatriz! Es exactamente el mismo timbre.

”—Es verdad—replicó el emperador.

”Y se puso a llorar como un niño acongojada.

”La princesa, mirando al ruiseñor, observó:

”—Espero que ése, por lo menos, no será natural.

"Y los que lo habían traído, contestaron que sí.

”—Soltadlo, entonces.

"Y no quiso ella que le hablasen más del príncipe.

» "Comprendiendo que ni la fragancia de las flores, ni los gorjeos de los pájaros, llegaban al corazón de la hija del emperador, el

príncipe eligió otro camino para preparar su desquite.

"Se presentó en el palacio del emperador con la cara tiznada y la gorra metida hasta los ojos.

"Cuando le hubieron abierto la puerta, dijo:

”—Buenos días, Emperador. ¿No habría aquí algún trabajo para un honesto joven?

"El emperador, campanudo, contestó:

”—Sí, ciertamente. Tenemos muchos cerdos, y necesito alguien que se cuide de ellos.

"De este modo fue nombrado el príncipe pastor de los imperiales cerdos. Desde entonces, tuvo que alojarse en una habitación pequeña y miserable, muy cercana a la pocilga.

"En ella se pasó el día trabajando y al llegar la noche había confeccionado una pequeña marmita muy bonita, adornada a su alrededor con cascabeles que, apenas hervía, empezaba a ejecutar la canción:

“Arroz con leche
me quiero casar...”.

”Y lo más curioso es que, sosteniendo un dedo sobre el vapor que se escapaba de aquélla, se percibía inmediatamente el olor -de los alimentos que se preparaban en cada una de las casas de la ciudad, aroma muy diferente al de la rosa.

”La primera vez que la princesa, salió acompañada de sus damas, oyó la bonita canción y se puso muy contenta, pues aquello era lo único que sabía tocar en el rabel y aun lo tocaba con un solo dedo.

Es la misma canción que yo toco —dijo—. Este pastor debe ser un hombre muy ilustrado. Id a verle una de vosotras y preguntadle cuánto quiere por su instrumento.

”Así se hizo. Una de las damas se puso unos zuecos para rio ensuciarse los zapatos, y se dirigió a Ir. pocilga.

”—¿ Cuánto quieres por la marmita ?—le preguntó al joven.

"Éste le contestó:

”—Quiero diez besos de la princesa.

”—¡Qué atrocidad! ¡Qué descaro!

”E1 pastor insistió :

— Diez besos. Ni uno más ni uno menos.

"Informada por su dama del resultado de aquella misión, la princesa se limitó a decir:

”—Es un bárbaro.



Gallardo saltó como una fiera sobre Galo Verzio.

”Y continuó su camino, pero no había dado muchos pasos, cuando de nuevo llegó el sonido de los cascabeles que tocaban:

“Arroz con leche, me quiero casar... '

"No pudiendo contenerse más, la princesa envió de nuevo a su dama para preguntar si no bastarían diez besos de sus acompañantes.

"El pastor, que se daba cuenta del interés de aquella criatura caprichosa por su invención, contestó que tenían que ser precisamente de la princesa, o, de lo contrario, no daría la marmita,

pues él no había puesto en venta su instrumento, solo quería los diez besos...

”—¡Qué asco! —exclamó la princesa.

”Y al cabo de un breve instante, añadió:

”—Bueno, si no hay más remedio venid todas a nuestro alrededor para que nadie pueda verlo.

”Y el pastor recibió diez besos de la princesa al amparo de tedas las damas, que extendieron sus faldas para ocultarlos mejor, muy penetradas de la importancia del papel que desempeñaban.

"Nunca había poseído la princesa un juguete que le gustase tanto. Durante toda la velada y todo, el

día siguiente, estuvo hirviendo la marmita, de suerte que no quedó en la ciudad un solo hogar cuyos guisados no fuesen conocidos, desde el primer chambelán hasta el último zapatero.

”Y todas las damas palmoteaban y bailaban de contento, exclamando:

”—Ya sabemos quién come caldo de nabos.

”—Y quién sopa y tortilla.

"—Y quién salchichas y jamón.

”—¡Oh, qué interesante es esto!

—De acuerdo—comentó, convencida, la princesa—,, pero guardaos de contar chismes porque yo soy la hija del emperador.

”—¡Oh, no», no!— Seremos prudentes. Pero... ¡qué hermoso es enterarse de lo que pasa en las cocinas de los demás.

"Entretanto, el pastor, es decir, el príncipe a quienes todos suponían un verdadero pastor, lejos de permanecer ocioso había empleado el tiempo en confeccionar un sonajero tan ingeniosamente concebido que, sin preparación alguna por parte del que lo manejaba, ejecutaba al ser agitado una serie de compases alegres, melódicos y con ritmo.

”¡Oh, esto es magnífico! —exclamó la princesa, al pasar cerca de la pocilga—. Nunca he oído cosa más hermosa. Id y preguntadle cuánto cuesta ese instrumento. Pero advertidle que no quiero dar más besos..

”—Pide cien besos—vino diciendo la dama, que se había encargado de llevar el mensaje.

”¡Este pastor está loco! ¿Cien besas míos? ¡Nunca!

”Y siguió su camino explicándoles a sus damas que era mucho descaro pedir besos a una princesa porque le gustase mucho un juguete.

”Pero a los pocos metros se detuvo y comentó: La verdad es que conviene fomentar las artes y además, ¿no soy la hija del

emperador? Id y decidle que tendrá diez besos míos como la otra vez, y el resto se los darán mis damas.

”¡Oh, paro es que nosotras no queremos dárselos! —exclamaron todas, protestando.

”¡Cómo os atrevéis! —replicó, enojada, la princesa— Si yo le beso, me parece que bien podéis vosotras besarle también... Y acordaos que yo os mantengo y pago vuestros sueldos, holgazanas.

”Nada objetaron las damas ante argumento tan contundente. Se declararon conformes con aquel arreglo.

”Sin embargo, el pastor no se avino a recibir besos de carácter suplementario, y con su habitual desparpajo contestó a la dama encargada de hacer la proposición:

”—Cien besos de la princesa, o no hay sonajero.

”—Venid todas aquí—ordenó la princesa.

"Cuando se hubo formado el corro, empezó el besuqueo tras de la muralla protectora formada por los ropajes extendidos de las damas.

”—Pero, ¿qué significa toda esta algarabía en la pocilga?—exclamó el emperador, asomándose a un balcón.

”Después de observar las siluetas agrupadas, añadió:

”—¡Cómo! Pero ¡si son las damas de la corte que están seguramente preparando alguna picardía! ¡Vamos a ver qué manejos se traen!

”Y ajustándose los zapatos viejos que le servían de zapatillas, bajó la escalera corriendo.

”En seguida moderó su paso, y se acercó de puntillas a la puerta de la pocilga.

”Las damas se hallaban muy ocupadas contando los besos para asegurarse de que por una y otra parte se cumplían al pie de la letra las condiciones del pacto.

”Y era tal la atención que todas ponían en sus funciones, que no oyeron al emperador.

”Poco a poco, fue acercándose el soberano al compacto grupo, pero no pudo ver más que las graciosas espaldas de las damas y sus ceñidas faldas extendidas hacia delante y los lados.

”No pudiendo ver, el emperador se puso a escuchar y empezó por oír solo risitas y tenues murmullos.

”De repente, ¡chas! oyó un beso más sonoro que los otros y en seguida, otros glotones,

”El buen' hombre había visto muchas cosas raras en el mundo, y no se asustaba fácilmente. Pero por mucho que aguzase su perezosa imaginación, no podía comprender el misterio.

”—Será—se dijo, por fin— será que una de las campesinas de la aldea* ha visto en peligro a sus criaturas y ahora desahoga su alegría con besos viéndolas salvadas. ¡Eso es! ¡No hay la menor duda! Pues bien, voy a hacer acto de presencia y acabaré de consolarla con un regalito.

”Dio tres pasos más en dirección al grupo.

"Pero en aquel momento, una de las damas, sofocada y envidiosa, se apartó un poco y el emperador descubrió un cuadro mucho menos conmovedor y más irritante del que se había figurado.

”Su dignidad ofendida le hizo quedarse sin aliento.

"Con una rodilla en tierra, el pastor de cerdos unía sus labios a los de la princesa que, inclinada sobre él, no cesaba de besárselos.

"El emperador abrió la boca, se frotó los ojos, se pellizcó y temió haberse quedado de piedra.

"Inmediatamente demostró que, por el contrario, conservaba todas sus facultades de vigor y movimiento.

"Empezó a repartir golpes blandiendo en alto la zapatilla, en el preciso momento en que el príncipe recibía el beso número sesenta, y nueve..

”—¡Largo de aquí! —gritó, muy enfurecido.

”Tanto la princesa como el pastor fueron expulsados del imperio. La primera, por su desaprensiva actitud, y el segundo, por su inaudito atrevimiento. Las' damas fueron recluidas en una abadía, que se hizo famosa... Pero es otra historia.

”La princesa, que no había tenido fuerzas para levantarse del suelo, lo hizo prestamente al observar que su padre seguía agitando la zapatilla.

”Con voz entrecortada, trató de justificarse.

”Pero el emperador, que tampoco se había entusiasmado con el ruiseñor y la rosa, juzgó ahora que la ligereza de su hija rebasaba todas las medidas, y sin querer escuchar nada, con gesto majestuoso, le señaló con la zapatilla la puerta del jardín, por la' que ya se había ido el falso pastor.

”La princesa salió también, y dirigiéndose a un lugar protegido por un árbol corpulento, sin ánimos para, continuar, se sentó en el suelo.

”La joven rompió a llorar amargamente, exclamando:

”—¡Oh, mísera de mí! ¿Por qué no acepté por esposo al guapo príncipe cuando aún era tiempo? Ahora reinaría en su país en lugar de verme abandonada. ¡Oh, qué desgraciada soy!

”"El pastorcillo se ocultó entonces tras de un grueso árbol, se

lavó la cara y quitóse las andrajosas vestiduras que ocultaban su magnífico traje.

”Apareció tan arrogante a los ojos de la princesa, que ésta, inconscientemente, le hizo una reverencia.

”Había llegado para el príncipe poeta la hora del desquite, y en aquel momento no hubiera necesitado juguetes, para obtener cuantos besos hubiera pedido.

”Pero lejos de solicitarlos, recordó que su noble sensibilidad había sido herida por la vulgaridad de gustos y maneras de la princesa.

”—Ahora sólo me inspiras desdén. Rechazaste a un príncipe honrado y no supiste apreciar una delicada fragancia y una exquisita melodía. En cambio, consentiste en besar a un pastor para poseer juguetes. Ahí tienes, pues tu recompensa.

”Y se retiró a sus Estados, dejándola sola, para que meditase a sus anchas sobre las consecuencias de su necedad y para que cantase cuanto quisiera:

"Arroz con leche,
me quiero casar.

Capítulo III

DESVANECIENDO TINIEBLAS

Bembo salió corriendo a la calle, agitando los brazos, saltando y resoplando.

Luys Gallardo, lanzado al galope, inclinóse y gritó:

—¡Aúpa, lechón!

Tendióle el brazo y mal que bien, suspendido mucho rato, por fin pudo el piamontés quedar en la grupa, abrazado fuertemente a la cintura del trovador.

Tras ellos galopaban los cuatro gascones y Aldo Guicciardini.

Acercando sus labios al oído de Luys Gallardo, gritó Bembo:

—¿Nos persiguen, mi amo?

—Todavía no, pero ten esperanzas que no tardarán en cogemos y desollamos vivos.

—¿Por qué llevan lazo negro los arneses, mi amo?

—Luto por unos muertos que estaban vivos antes de llegar yo.

—¡Oh, señor!—gimió Bembo, al divisar de pronto el velero negro, tras el cual soportaba en sus vergas el “Dardo” los ahorcados.

—Después llorarás, Bembo. Ahora no tejamos tiempo. ¡Qué lástima no cuente yo con medio centenar de hombres!. Sabrían todos estos cipreses que a bruto nadie me gana, llegada la ocasión.

De pronto, Bembo, asiéndose con más fuerza, murmuró:

—¡Si fuera verdad!...

—¿El qué?

—Dicen que el hijo del Gran Duque, un tal Reinaldo, anda disfrazado de pastor por los montes, reuniendo gente adicta que quiera luchar contra los Trozzi tiranos. Pero deba ser...

—¡Vira! —gritó de pronto Luys Gallardo, alzando el brazo y bajándolo bruscamente.

Obligó a su montura a dar la vuelta, girando grupas al puerto, y remontando laderas que conducían a la franja montañosa.

Y cuando ya todo era arboleda, paraje y desierto de humana presencia, aminoró el galope, para poner al trote su caballo.

—Eres un gran hombre, Bembo.

—Gracias, mi amo —replicó pudoroso el piamontés, sonrojándose de placer.

—Tú sabías la historia de un pastor llamado Reinaldo, y yo la ignoraba, pero en cambio conozco a Reinaldo, y me complacerá charlar con él.

* * *

—...y esto fue lo que le ocurrió a la insensata princesa, Isolda. Lo mereció.

—Duro fue el padre, y tal vez maligno el galán.

—Sí. ¿Tenéis sueño, Isolda?

—Muchas emociones... y me duelen las sienes.

—Reposad confiada. Velaré vuestro sueño.

—Gracias, Reinaldo. Me parece... que hace años que os conozco. Sois ton sencillo... ¡como el trovador!...

Reclinó ella la cabeza contra el hombro del heredero del Gran Duque legitimo, y éste sintió como una punzada extraña en un lugar indefinible de su pecho.

Un asomo de celos... contra el trovador que merecía tanta evocación de la ingenua.

Pero a poco, al quedarse ella dormida, resbaló hasta quedar apoyada su cabeza en manta doblada que dispuso Reinaldo.

Se levantó éste, y miró a los seis que como él iban vestidos de pastor y que parecían molestos.

En voz baja, inquirió:

—¿Os importuna que los Trozzi estén recibiendo su merecido? Quedarán menos de uno y otro lado, y mejor para nuestros planes. Ya los demás estarán colocándose donde habíamos decidido.

—Es una Trozzi, Excelencia — susurró uno de ellos.

—Que sólo bien hizo con caridades y bondades.

—Pudo ser enviada por sus hermanos, para traicionar nuestro escondrijo.

—No sabe quién soy. Y no miente. Huyó ayudada por el trovador español.

—Excelencia... Os espera en la ciudad una prometida...

—...Que prefirió la marmita y el sonajero, al trino y la flor. No me comprendéis, pero yo, sí. ¡Cuidado!

Sonoro, pero ronco, oíase el mugir de un cuerno.

—¡La señal de peligro!

Pero, de pronto, el mismo instrumento de aviso prolongóse en crescendo agudo.

Y cesó. Oyóse repicar de caballos, y, precedidos por un pastor, penetraron entre las rocas Luys Gallardo y los cuatro gascones.

Bembo, extasiado, como alelado, contempló desde la grupa a su dueño, que, saltando al suelo, exclamó :

—¡Razón tuve en fiar de vos, señor! Ahora, fiad en mí..., ¡y desvaneceremos las tinieblas!

Capítulo IV

MOMENTOS DECISIVOS

—¿Sabéis, pues, quién soy?—inquirió Reinaldo.

—Y a deciros vengo que éstos son momentos decisivos, si queréis recuperar el trono que os pertenece.

Isolda Trozzi, al oír la breve conversación, comprendió súbitamente que el. supuesto pastor era el hijo del Gran Duque Reinaldo, asesinada por su propio padre.

Cubrióse el rostro con las manos, y, lanzando un grito de desesperada amargura, corrió a esconderse en el bosque.

Vaciló Reinaldo unos instantes, y, por fin, abalanzóse en su persecución. Y supo murmurar en los oídos de la atribulada muchacha, las palabras más adecuadas.

Habló del amor repentino que venció al odio que le inspiraba el nombre de los Trozzi. Dijo que apenas la vio, melancólica y resignada, su corazón latió más apresuradamente...

Y, doblando rodilla en tierra, llenó de besos la fría manecita, que fue entibiándose...

—Venceré, y Capri sonreirá, Isolda, si esperanzas me das...

—¡Pobre de mí!... Ellos... son mis familiares...

—Yo solo seré tu familia. Seré tu esposo, tu hermano, tu padre, tu amigo...

Mientras, Luys Gallardo explicaba a dos supuestos pastores los últimos sucesos.

Y Aldo Guicciardini, que poco a poco iba recobrándose, intervino:

—Era mi hermano... Que perdonados le sean sus crímenes, porque fue un hombre bueno, y sucumbió a la locura. Rogad por él, buena gente, y, en cuanto a mí, ruego por vuestro triunfo. Y la Marca Toscana refrendará el nuevo reinado del Gran Duque Reinaldo.

—“Esta noche arderá Capri”, ha dicho él —murmuró uno de los pastores, mirando a los otros.

Reinaldo, llevando de la mano a Isolda Trozzi, apareció. Ambos sonreían en éxtasis amoroso.

La condujo hasta la cabaña, y ¡en el umbral, besando su mejilla, habló tiernamente:

—Volveré a buscarte, y reinarás junto a mí. Tu bondad te ha ganado el ánimo de todos mis súbditos. Venceré... porque tu amor

me sirve de acicate.

Ella, con lágrimas de gozo, entró en la cabaña.

Reinaldo regresó junto al trovador.

—Vos sois, señor, el paladín de la rebeldía. Vos empezasteis a desafiar el yugo de los usurpadores. Acato vuestro mando, y decidme qué consideráis más oportuno se haga.

—Decidme vos con cuántos hombres contáis y qué armas tenéis.

—Ciento catorce, que en estos instantes han partido para intentar apoderarse del bastión de la Muralla. Venid, y os mostraré su 'emplazamiento.

Encaramados sobre alto peñasco, mostró Reinaldo una muralla almenada, que se extendía al oeste del palacio.

—Cuando los Trozzi atacaron, logramos esconder las bombardas que nos habían vendido los de Nápoles. Estas bombardas están en un subterráneo, en el que treinta de mis súbditos tratarán de entrar.

—¿Por qué decís que tratarán? ¿Es que alguien lo custodia?

—La boca de entrada está en el palacio. Mientras, los otros tratarán de apoderarse del bastión. Si lográsemos emplazar las bombardas en el bastión, hundiríamos las naves... Y de nada les servirían a los invasores sus corazas. Pero, desgraciadamente, no es lo difícil entrar en el sótano, sino transportar las pesadas bombardas al bastión.

—¿Vuestros hombres esperan orden alguna?

—Esperan mi llegada.

—Por las calles patrullan los enlutados, con orden de dar muerte a quien por ellas transite —dijo uno de los pastores.

—Momento decisivo es éste —observó Reinaldo, repitiendo las palabras de Gallardo—. Nos abriremos paso.

Luys Gallardo mostró un rebaño que pacía a lo lejos, en verde prado.

—Tal vez pueda sugerir una idea que nos permita llegar hasta Palacio con más seguridad. Podemos abrirnos paso, pero la lucha atraería a los demás, y cada vez nos sería más dificultoso el acceso. ¿Cómo piensan llegar al sótano los que se fueron?

—Lentamente, yendo de tejado en tejado, seguros de que ninguno de los que moren en las casas dará alarma. Y al igual con lss que se dirigen al bastión. Me esperan. ¿Cuál es vuestra idea?

—Ofrenda de ingenuos pastores, que, estando en el monte, nada saben de las órdenes del pregonero. Ocultas las armas bajo la ropa, rodeado el cuello con carneros, avanzaremos en grupo compacto, torpe y cándido. Diremos que deseamos ofrecer nuestra prueba de sumisión.

—Podemos descender por la ladera del Norte. Es el camino más corto para llegar a Palacio por las calles. ¿Y si los invasores recelan o nos impiden el paso?

—Entonces..., habrá llegado el momento de abrirnos paso.

Aldo Guicciardini vio partir a todos hacia el prado, y devotamente se persignó, rezando por Donato Guicciardini y por el triunfo del Bien contra los sombríos piratas del “Desesperación”.

* * *

Un contramaestre seguido de diez enlutados desenvainó cuando, al extremo de la calleja posterior al palacio, aparecieron una decena de hombres portando sobre los hombros grandes carneros que, cogidos por las patas, pugnaban por desasirse.

Avanzó, ceño fruncido.

Luys Gallardo, calado un gran gorro de pieles, habló despaciosamente, como si los largos silencios le hicieran poco elocuente:

—Sumisión y ofrenda, señor. Nuestro tributo al vencedor; Somos pastores que deseamos besar la mano del vencedor.

—¿No sabéis, imbéciles, que está prohibido transitar por las calles de la ciudad?—dijo, con tono monótono, el contramaestre. Y, sin variar el tono, añadió: —¡Exterminad!

Lanzó recia estocada hacia el pecho de Luys Gallardo. El trovador se ladeó, arrojando contra el rostro del contramaestre su carga animal.

Los otros enlutados atacaron, pero, prevenidos ya, todos imitaron el gesto del trovador.

Bruyant, con energía decuplicada por la ira, repartía recios mandobles, y en pocos instantes, animados de combativo furor, hiciéronse dueños de la calleja Luys Gallardo, Reinaldo y sus compañeros.

—¡Sus ropas! —ordenó el trovador.

Bembo corría de un lado a otro, mirando ansioso las desembocaduras de las adyacentes callejuelas.

Los carneros, haciendo locas corcovas, huían... Prontamente desvestidos, los vencidos amontonáronse en un ancho portal.

—Al palacio, amigos —dijo Luys Gallardo, echando a andar, apoyándose en la pertusana del contramaestre.

En Palacio reinaba cierta confusión. La muerte de Donato Guicciardini y Galo Verzio sumía en meditación ardua a dos contramaestres que acababan de descubrir los cadáveres.

—¿Retirada al velero?—preguntó uno.

—Mejor sería que dejásemos aquí una guarnición, y desde la nave, a seguro, celebráramos reunión de contramaestres.

Quedaron de acuerdo.

Iban convocando a los demás, diciendo que era orden de Donato, y dejando dividido el grupo que cada cual mandaba: la mitad se quedaría en el palacio y por el camino recogerían a los que patrullaban

Abandonaron el patio de armas. Llegaban ya a la playa, y se disponían a entrar en la nave, cuando uno de ellos miró hacia lo alto.

Los demás le imitaron.

Oíanse, lentos y graves, unos toques de campana, repicando sonoros.

—¡A bordo! —ordenó un contramaestre— Será orden de Galo Verzio.

Fueron subiendo. Los últimos eran los dos que habían visto los cadáveres.

—¿Qué puede ser este toque?

En el mismo instante, el cielo pareció abrirse en. repentina llamarada roja. Y el velero “Desesperación” se encabritó, como si del fondo del mar un volcán lo sacudiera...

—¡Mira! —gritó un contramaestre, en medio del fragor del humo y la explosión.

La campana repicaba con brío. Y por las calles, blandiendo toda clase de armas, la población de Capri daba caza a enlutados.

Y del bastión de la Muralla surgían grandes llamaradas arrojando piedras, azufre y plomo contra el velero “Desesperación”, que, abriéndose, iba vibrando con crujidos horrísonos...

Los cadáveres de artilleros y maniobreros cubrían bordas y cubierta. El pánico se apoderó de todos los supervivientes...

Como una avalancha incontenible avanzaban por la playa, gritando y saltando, seres que hasta entonces habían estado esperando, el momento de Vengar el largo interregno de sufrimientos.

Al frente de ellos iban Bruyant y sus gascones...

Poco después, en la orilla, el “Desesperación” mostraba tan sólo el extremo de sus palos.

Y en él blanco velero las figuras ahorcadas yacían sobre cubierta.

* * *

Cuando se hallaban en el interior del palacio, mostró Reinaldo

una ancha puerta de hierro.

—Allí están las bombardas.

—¿Especificasteis alguna señal para que acudieran los vuestros?

—E! toque del Ángelus, con la campana mayor. Está en el tercer torreón. Al final de este corredor.

—A vos os toca. Guardaremos el acceso.

Alejóse Reinaldo. Los otros abrieron la puerta. Fueron acumulando las piezas artilleras y los proyectiles.

Sonó, grave y profundo, el primer toque...

Acudían varios enlutados. Y la lucha empezó.

Parecía como si la mística llamada enardeciera el aire. Puertas y ventanas de todas las casas se abrían.

De las azoteas se descolgaban numerosos pastores. Por las calles, antes desiertas y silenciosas, una muchedumbre airada irrumpía gritando y agitando toda clase de armas e instrumentos...

Viejos blandiendo candelabros, mujeres con largos atizadores, hombres con mazos de herrero, leznas de curtidor, palas de panadero...

Y en el bastián de la Muralla los enlutados que lo guarnecían, viéronse arrojados desde todo lo alto por una turba impetuosa...

La campana seguía sonando con mayor rapidez... Las bombardas abrieron fuego... Capri vivía su momento decisivo...

* * *

En horcas improvisadas colgaban cuantos no habían sucumbido a bordo del hundido “Desesperación”.

Por las calles, un solo grito se oía:

—¡Reinaldo!

Y en la Plaza Mayor, dos tamborileros redoblaban briosamente, reuniendo a su alrededor a los más ágiles y agrupando en Ventanas y balconadas a los que no habían podido llegar antes.

Cesaron los redobles, y, montado en blanco corcel, Reinaldo apareció, mientras la muchedumbre, respetuosamente, abría una doble hilera, por en medio de la cual avanzó el Gran Duque legítimo.

Y juvenil, radiante, anunció el señor de Capri:

—Ha terminado el terror, buena gente. Y, es mi deseo que nunca más seamos presa de desalmados. Concertaré alianza con la Marca Toscana, para que su embajador pida guarnición y fuerzas que protejan nuestra bella isla. Y sabed, buena gente, que si por unos instantes, como agorero presagio de maldad sin fin, apareció negro velero, llevaba blanco bajel que traía presagio de paz. Paz que para

todos nosotros reinará de ahora en adelante. Y no por mandato, sino por corazón y voluntad, os pido que; honréis con vuestra alegría y acatamiento a la que he decidido elegir por esposa: Isolda Trozzi, alma pura y noble que trocará su apellido por el mío.

Una hora después, una lluvia de flores saludaba el paso de Isolda Trozzi, montada en hacanea y desfilando junto al Gran Duque Reinaldo.

Y en la sala mayor del palacio, ahora bullicioso y pleno de vida, Luys Gallardo recibía el laúd de plata que Isolda le entregaba y la espada enjoyada que Reinaldo ofrecía.

Denegó la invitación a considerarse huésped de honor festejado por la ciudad entera, que hablaba del arrogante trovador que a solas inició la rebeldía.

Abandonó el palacio donde tanta tragedia había tenido lugar en tan corto espacio de tiempo.

Y, seguido por Bembo, desfiló lentamente, contemplando los bailes populares, los festines en plena calle y las canciones con las cuales todo el mundo manifestaba su regocijo.

Aldo Guicciardini, que hacia Palacio se dirigía, le saludó:

—¿Os vais ya, señor?.

—Nuevos rumbos.

—Que os deseo siempre tan favorables. Triste estoy, pero la alegría de los demás me vivifica.

—Igual me sucede, señor embajador.

—Si algún día en Roma os presentáis, hacédmelo saber. Tendré gran honor en hacer conocer a mis paisanos al caballero generoso que, por amor a la aventura, nos hace ser menos pesimistas a los que, como yo, contemplamos la cambiante faz de las cosas y la mutación de los sentimientos.

—No todo es mudable, Ilustrísimo. Mirad allá.

En estrado florido, delante de la gran puerta principal, enlazados Reinaldo e Isolda, recibían sonrientes las manifestaciones de alegría, mientras por el aíre revoloteaban las palomas lanzadas desde las ventanas.

—El amor… es aún lo menos mudable—reconoció Aldo Guicciardini.

Camino de la playa, Luys Gallardo comentó:

—¿Qué opinas tú del amor, Bembo valiente?

—Que da mucho gusto contemplarlo, mi amo.

—Esta es mi opinión. Tal escudero, tal señor.

EPÍLOGO

Con la fácil mutación con que las masas pasan del entusiasmo al abatimiento, y del furor al júbilo, al igual ahora el pueblo de Capri festejaba con gran alborozo el fin de las tinieblas.

Todo eran guirnaldas de flores, balcones floridos de mujeres agitando sus pañuelos al paso de la comitiva del Gran Duque, y vítores espontáneos y vocingleros.

Pero, en la playa, una ceremonia melancólica tenía lugar. Bruyant, ayudado por sus tres compinches,- daba sepultura a la mujer que por breve tiempo había sido su esposa y a los demás infortunados gascones.

Luys Gallardo, ayudado por Bembo, enterraba a Delfín Lechuga y Musso Volpi.

Veinte cruces coronaron la tierra lindante con la arena. Y Luys Gallardo, murmuró:

—El camino de la aventura es bello y sombrío. Venid acá, amigos míos, y no nos entristezcamos más. Desde donde ahora nos están viendo, Erika, Musso y Delfín con vuestros compañeros nos obligan a sonreír. ¿No los oís? Nos reprochan el ceño* triste... ¿No oyes, Bruyant? Erika está diciéndose que no debes llorar... Naciste para combatir y nacimos para continuar por el peligroso camino de la aventura. Nuestra recompensa lo es el poder morir en la lucha, tranquila la conciencia porque no perecemos en necia reyerta, sino procurando cumplir a nuestro modo el código de los caballeros andantes.

Mostró el blanco velero.

—Que su proa lleve esperanzas a otras tierras donde haya gente que sufra, doncellas que giman desamor o contrariado amor... Y ríe, Bruyant, porque con la risa en los labios se aguanta el llanto del corazón. ¡A bordo, mis amigos!

Ya en cubierta, “Frambuesa” preguntó:

—¿Rumbo, patrón?

—Al azar del viento mejor, “Frambuesa”. Tú al timón, y los otros tres lobos de mar a las velas.

Bruyant miró sonriente al trovador.

—Sois animoso, don Luys.

—Lo seré más, si me llamas Luys a secas y me tuteas.

—¿Dónde pensáis..., piensas tocar tierra?

—No tengo la menor idea.

Bruyant Lartiguers frotóse despaciosamente la nariz. Titubeaba,

y, por fin, dijo:

—¿Os reiréis..., te reirás... si...? ¡Caramba, me cuesta tratarte a lo compadre! Para mí tengo que eres un príncipe disfrazado de trovador. Palabra.

—Influencia de Reinaldo. ¿De qué no me reiré?

—Es que... no he encontrado el cuerpo de... "Coclicó". Cuando había quema, solía huir.

—¡Timonel!...—gritó el trovador, alegremente—. ¡Proa a la Isla de las Sirenas, a salvar a un náufrago!

—Infantil soy, ¿verdad, patrón?

—¿Por qué?

—Un loro..., al fin y al cabo, es un loro.

—¡Mosca!... ¡Qué gran verdad!—rió Gallardo.

—Quiero decir que ahora vamos allá porque... yo soy un caprichoso loco.

—No. Eres muy sensato porque sabes que un animal es un gran amigo, aunque sea parlanchín como lo es "Cocolicó".

Quedaba ya atrás la bahía de Capri. Manejaban los dos gascones con gran soltura las velas.

Bembo, agarrándose con mucha prudencia, también sabía demostrar que había asimilado las enseñanzas del capitán Volpi.

—Seis hombres, un velero blanco, el mar por tapiz, el sol por techo... Y la infinita ruta de los litorales, Bruyant.

—Hay en ti una vitalidad, trovador, que hace brotar de los labias una alegre canción.

—A ello, pues.

Y con sonora virilidad llenó la cubierta la poderosa voz del trovador, que ahora entonaba la canción del mar y la aventura.

PRÓXIMO EPISODIO:

"INOCENTINA"